

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Víbora sin nido

Podríamos decir que incluso las víboras tienen su nido, o su hogar, como prefiramos. Si la víbora permanece en su nido, no hay nada que temer, pues se supone que allí nadie la molesta y por lo tanto está tranquila y ocupándose de sus asuntos, sean cuales sean estos. Incluso, aunque la víbora se halle fuera de su nido, no debemos temer nada de ella mientras no la soliviantemos.

Pero no todos tienen la precaución de estar atentos a la posible aparición de una víbora que se halla fuera de su nido y que, por tanto, no está precisamente tranquila y amigable. Esto aparte de que puede ocurrir que la víbora sea muy, muy, muy astuta y se presente como pacífico e inocente pajarillo en el nido ajeno.



Lou Carrigan

Víbora sin nido

Brigitte en acción - 79

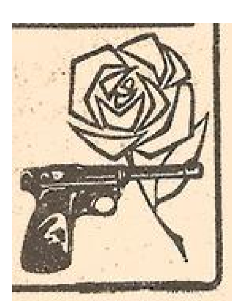
ePub r1.0

Titivillus 27.06.2017

Lou Carrigan, 1968
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Aquí, «Fla-2039»

El hombre corría cuanto podía, jadeante, arrastrando la pierna derecha, mirando continuamente hacia atrás. Iba dejando unas manchas de sangre dispersas, grandes unas, pequeñas otras. Alto, fuerte, atlético… Se le veía capaz de correr con gran velocidad de no haber sido por la herida en la pierna, que manchaba completamente su pantalón blanco. Su rostro estaba cubierto de sudor, que resbalaba también por el cuello, por el velludo pecho, mostrado por la entreabierta camisa de colores alegres.

Por encima de él se veían las copas de las palmeras, y de cuando en cuando la luna daba un tono pálido y brillante a su rostro. Apartaba las hierbas con manotazos torpes, y corría, corría, corría…

Llevaba una pistola en la mano derecha, pero, evidentemente, prefería huir a plantar cara a sus perseguidores, a los que no veía ni oía.

¿Los había despistado? ¿Estaban tras él como el felino silencioso tras su presa herida?

El hombre alto, fuerte y atlético, divisó por fin la pequeña cabaña, cerca del mar, sobre
Dick's
Point. La luna ponía allí un camino de plata arrugado y móvil. ¡Ojalá hubiese sido de plata, de sólido metal, para poder huir por él…!

Mas, por desgracia, las posibilidades de huida eran escasas, tanto por mar como por tierra firme, con aquella herida en la pierna. Ya era admirable que el hombre pudiese correr… No se le podía exigir más.

La cabaña fue quedando más y más cerca. El hombre alto y atlético continuaba mirando hacia atrás, en el silencio de la noche. Pero solo veía el resplandor de la ciudad de Nassau, en New Providence Island, de las Bahamas. Las luces de Nassau, de colores,

se lanzaban hacia el cielo y hacia el mar, formando un extraño arco iris mezclado, sin separación entre los diversos colores.

Y, por fin, la cabaña.

El hombre se detuvo y sacó una llave de un bolsillo. Hacía lo posible por no jadear, por no hacer ningún ruido. Su pecho se hinchaba y deshinchaba con fuerza. La camisa ya estaba completamente empapada en sudor…

La puerta quedó abierta, y el hombre entró en la cabaña a toda prisa, cerrando tras él. No encendió ninguna luz, pero, obviamente, no la necesitaba.

La pequeña cabaña tenía una sola pieza. Por la ventana que daba al mar entraba diagonalmente la luz lunar. Se veía una litera, una mesita de noche, un biombo plegado… El resto quedaba casi en la más completa oscuridad.

Y, sin embargo, las manos del hombre, libre ahora la derecha de la pistola, asieron la parte inferior de un viejo armario, por los pomos de madera de las cajones…, que resultaron ser simulados. Toda la plancha de madera bajó al efectuar el hombre la tracción. Estremecida por la tensión nerviosa, una de aquellas manos varoniles y fuertes apretaron un botoncito a un lado del hueco descubierto en la parte inferior del armario.

Al instante, se encendió una diminuta bombilla roja, que permitía ver, únicamente, la radioemisora escondida allí. El hombre se sentó ante ella, en el suelo, y se pasó un brazo por la frente, enjugando el sudor, que ya escocía en sus ojos. Miró hacia la ventana, hacia la puerta…

Por fin, alzó una clavija, y suspiró profundamente.

—Aquí, «Fla-Veinte Treinta y Nueve» —informó, de nuevo jadeante—. Aquí, llamando desde base en Nassau, Bahamas, agente de la CIA «Fla-Veinte Treinta y Nueve»… Dispongo de poco tiempo, vienen siguiéndome y estoy herido… Solo podré enviar el mensaje una vez. Solo una vez. Algo nuevo… Algo nuevo se está tramando en la costa… sudoriental de Estadas Unidos. No sé exactamente lo que es, pero hay… hay una isla artificial que tiene algo que ver con ello. La isla… se llama «Navigator»… «Navigator Island», ese es su nombre… No sé siquiera cómo es, pero creo que parece… una isla auténtica… Con la diferencia de que puede… desplazarse. Repito: una isla llamada «Navigator» que puede desplazarse, navegar, como

su nombre indica… Es… pequeña, tengo entendido… Apenas un cuarto de milla cuadrada. En Nassau…

De la radio brotó un agudo silbido, que hizo respingar al hombre herido.

Se quedó mirando con aterrada estupefacción la radio, durante un par de segundos. Bajó la clavija y volvió a subirla, para insistir de nuevo, ante el micrófono, tras enjugarse nuevamente el sudor.

—En Nassau hay dos personas involucradas en el asunto… Creo que son rusos, pero sus nombres son, aquí, Hortense Wald y Peter Gilbert. Están… alojados en el Windsor Hotel. Los he estado vigilando, pero me han descubierto cuando captaba una de sus conversaciones… respecto a la isla «Navigator». Uno de ellos continuó hablando solo, y el otro, es decir, la mujer, salió por detrás y me sorprendió… Estoy herido en una pierna, pero haré lo posible por escapar. Repito: «Navigator Island» desplazándose por la costa sudoriental de Estados Unidos, y Peter Gilbert y Hortense Wald alojados en el Windsor Hotel, de Nassau. Si dentro de tres horas como máximo no he vuelto… no he vuelto a llamar, será porque ellos me habrán matado. Comuniquen si han recibido mensaje. Cambio.

Bajó la clavija, y de nuevo se oyeron los silbidos. La alzó de nuevo, crispado el rostro.

—Aquí, «Fla-Veinte Treinta y Nueve», llamando a base receptora en el continente… «Fla-Veinte Treinta y Nueve» llamando a base en el continente. Destruiré la radio, la inutilizaré antes de salir de aquí, para desconcertarlos, para confiarlos. Comuniquen si han recibido mensaje. Cambio.

Otra vez bajó la clavija, y los silbidos volvieron a oírse… Pero, entre ellos, la voz de un hombre, lejana, oída solo a intervalos:

—Aquí, base en el cont… Le oímos perfectamente, pero la… Recibido su mensaje… Órdenes… Déjelo todo y huya. ¿Entendido? Cambio.

«Fla-2039» alzó la clavija, sonriendo ferozmente.

—Entendido y fuera.

La radio dejó de funcionar. Luego, «Fla-2039» metió la mano detrás del aparato, y su rostro se crispó, evidenciando el esfuerzo que sus dedos estaban realizando. Cuando la sacó, por fin, sonreía astutamente.

Pareció que fuese a cerrar la trampa del armario, pero, tras una breve vacilación, la dejó abierta. Sacó de nuevo su pistola, y fue hacia la puerta. La abrió muy cautelosamente, atisbando por la ranura. No vio a nadie.

Salió, siempre cojeando, y continuó corriendo, ahora hacia la carretera que bordeaba la costa, Eastern Road, que luego, más al extremo de la isla, se juntaba, en East End, con la Yamacraw Hill Road.

Solo que no pudo llegar allí. Un débil fogonazo brotó de entre unas matas, a su derecha y algo atrás. «Fla-2039» lanzó un quejido, soltó la pistola y cayó de bruces, llevándose las manos a la espalda, donde la bala había inferido su feroz mordisco.

Dos sombras surgieron entonces de entre las matas, deslizándose rápidamente hacia el agente de la CIA, que se arrastraba penosamente, jadeando, hacia su pistola.

Antes de que pudiese alcanzarla, un pie femenino la apartó, de un seco golpe…

Ante los desorbitados ojos del espía americano quedaron unas bellas piernas doradas por el sol, pero con reflejos plateados de luna.

—Todavía está vivo —dijo una voz de mujer—. Tiene una resistencia asombrosa.

—No perdamos tiempo, hay que examinar esa cabaña. Seguramente, tiene ahí una radio, y quizás haya podido llamar.

—Habrá sido su última llamada. Dale la vuelta.

El pie de un hombre pasó por un sobaco de «Fla-2039», y le dio la vuelta, rudamente. El americano quedó cara al cielo, abiertos los ojos, lívido el rostro.

—¿Quién debe de ser?

—Seguramente, de la CIA Acabemos con esto, Marya.

—Será lo mejor.

Plop.

La siguiente bala disparada por la mujer, verticalmente, dio de lleno en el corazón del agente americano, que pareció saltar, se estiró en una agónica crispación, emitió un fuerte estertor, y quedó, completamente inmóvil.

—Listo. Veamos ahora esa cabaña.

Fueron los dos hacia allí, entraron, y el hombre encendió una

pequeña linterna. No tardaron ni cinco segundos en ver la emisora.

—Maldita sea… ¡Ha llamado, ha podido hacerlo!

—Cálmate —dijo la mujer—. Es extraño que ni siquiera se haya molestado en ocultarla. Sabía que nos tenía detrás… Si hubiese llamado, habría ocultado la radio, ¿no crees?

—No sé… Parece lógico. Además, estuvo muy poco rato…

—Vamos a ver qué pasa con esta radio, Piotor. Ponla en marcha. Sabremos si funciona o no funciona.

El hombre se acuclilló ante el aparato. Estuvo operando en él casi un minuto, antes de alzar la cabeza.

—No funciona.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo —se oyó su risa—. No ha tenido mucha suerte nuestro… vigilante. Lo sorprendemos, su radio no funciona…

—Asegúrate bien, Piotor.

—Te digo que no funciona. Tiene algo estropeado por dentro. O quizás un par de condensadores quemados. Lo que sea, pero no funciona. Habría que hacerle una buena reparación para ponerla a punto. Por eso, ese tipo salió de aquí tan rápidamente: puesto que la radio no funcionaba, lo mejor era huir. Es lógico.

—Más vale así. Lo contrario habría sido muy peligroso para nosotros y para todo el plan. Vámonos. Y cierra eso. Tardarán mucho en venir por aquí, y no hay por qué facilitar a nadie el hallazgo de la radio.

Piotor alzó la tabla que simulaba dos cajones con sus correspondientes pomos, y la encajó en su sitio. El armario quedó de nuevo convertido en un inofensivo y vulgar mueble.

Pocos segundos después, el hombre y la mujer se detenían junto al cadáver del hombre de la CIA.

—¿Qué hacemos con él? No es conveniente dejarlo aquí.

—Lo lastraremos y lo tiraremos al mar.

—Será lo mejor. Por el acantilado, Marya.

—Bien…

Así acaba sus días un espía, con mucha frecuencia. Y no siempre ha tenido ocasión de decir: «Aquí, “Fla-2039”».

Capítulo Primero

En la parte alta y delantera del departamento de pasajeros del formidable *jet* Douglas
DC-8
, se encendió el luminoso rojo en el cual destacaban las palabras «No Smoking».

Casi simultáneamente se oyó la bien timbrada voz de la azafata, en cuatro idiomas, aconsejando también verbalmente que no fumasen y que los señores pasajeros se abrochasen los cinturones de seguridad. Informó, asimismo, que dentro de cinco minutos habrían aterrizado en Oakes Field, el más importante aeropuerto de New Providence, Bahamas, y agradeció la elección de aquel vuelo a los pasajeros, deseándoles una feliz estancia en las playas de color rosa.

Y efectivamente. Cinco minutos más tarde, el avión tomaba tierra. Llegó el bus de la «Panam», recogió a los pasajeros, los llevó al Servicio de Entradas, y todos pasaron felizmente los pequeños detalles que siguen a cualquier vuelo. Ni una molestia siquiera. No hay nada más cómodo que viajar en avión. Hora de Bahamas: once y veinte.

El total de pasajeros de aquel vuelo procedente de Nueva York era de sesenta y cuatro. Sin embargo, sesenta y tres de ellos no merecían una especial atención. En cambio, la pasajera número sesenta y cuatro…

Ah, la pasajera número sesenta y cuatro… Con aquellos grandísimos y bellísimos ojos azules que se veían tras los lentes de gruesa montura negra; su cuerpo fabuloso, esbelto y lleno a la vez; su sonrisa angelical; sus labios sonrosados y dulcísimos; sus fantásticas piernas elegantísimas; su elegancia en el vestir, en el caminar, en moverse, en hablar…

Llevaba una sola maleta, de tamaño mediano, que no consintió en dejar en manos de un servicial empleado del aeropuerto. Y un

delicioso maletín rojo, con florecillas azules estampadas.

Era tan hermosa, que el taxista se quedó petrificado cuando apareció junto a él, señalando con una manita la portezuela de atrás.

—¿Puede llevarme a Nassau?

Tuvo que repetir la pregunta.

Entonces, el hombre parpadeó, sacudió la cabeza y saltó del taxi, como un rayo, para abrir la portezuela.

—¡A Nassau! —Casi gritó—. ¡Oh, sí, a Nassau! ¡Volando, señorita!

—Ya he volado esta mañana —sonrió ella—. Será mejor que conduzca por tierra firme.

—Oh, sí, sí… Por supuesto. ¿Adónde, de Nassau?

—Windsor Hotel.

—Volan… Digo, rodando.

* * *

En el vestíbulo serio, elegante y discretísimo del Windsor Hotel, la aparición de la pasajera procedente de Nueva York originó una especie de… educadísimo terremoto. Los periódicos se abatieron, sesenta ojos saltaron hacia ella, una docena de corazones masculinos efectuaron un triple salto mortal dentro de la caja torácica…

En el servicio de recepción, el encargado se limpió los cristales de los lentes con un inmaculado pañuelo, y se los puso de nuevo apresuradamente al llegar la sensacional dama ante él.

—Soy Natalie Arlington —dijo ella—. Desde Nueva York reservé una *suite* ayer noche, que quedó confirmada.

—Sí, sí, sí…

—¿No mira usted la lista de reservas?

—¿La lista de…? Oh, si la señorita lo dice es que… Claro, miraré la lista de reservas… —Lo hizo, tan torpemente que la muchacha casi soltó una carcajada—. Sí, aquí está, en efecto. Afortunadamente, quedaba libre una de las cuatro *suites* imperiales, señorita Arlington. La suya será la número tres.

—Muy agradecida. ¿Tiene usted el registro de clientes a mano?

—Naturalmente.

—¿Podría verlo?

—Natur… Oh, lo siento… Bueno, el reglamento… ¿Pregunta usted por alguien, señorita? Yo puedo decirle si está o no está en este hotel.

Natalie Arlington adoptó tal gesto decepcionado que al empleado casi se le partió el corazón.

—No, no… —musitó.

—Bueno… Yo quisiera ayudarla, pero…

—Se trata de una gran sorpresa. No quiero que nadie pueda ni siquiera insinuarle que he llegado.

—¿A quién, señorita?

—A «él».

—Oh… Oh, oh… Bien… Haré una excepción con usted, pero, por favor, no lo comente, señorita Arlington.

—Ni con torturas conseguirían hacerme hablar.

El empleado se quedó mirándola, maravillado. Y al mismo tiempo se preguntaba si aquella muchacha era una realidad o un sueño de esos que se tienen cuando uno es feliz.

Por supuesto que permitió a la señorita Arlington echar un vistazo al libro. Un vistazo brevísimo. Ella se alzó los lentes de gruesa montura negra, miró, sonrió, y volvió a colocarse los lentes.

—Visto —dijo.

—¿Está? —preguntó el recepcionista.

—¿Quién?

El hombre se inclinó hacia delante, confidencialmente.

—«Él»… —susurró.

Ella puso carita de pena.

—No… No está. Parece que he llegado antes que «él». De modo que, por favor, si «él» llega preguntando por mí, no diga que he llegado.

—No lo diré. Oh, un momento: ¿quién es «él»?

—«Él» es… «él».

—Sí, claro… Claro, claro… ¿Subirá ahora mismo a su *suite*, señorita Arlington?

—Sí.

El recepcionista hizo una seña a un botones, que se lanzó allá como un bólido. La bellísima señorita Arlington le permitió llevar la maleta y la llave, pero ella se reservó el maletín rojo con florecillas

azules.

Cuando desapareció del vestíbulo, un suspiro masculino de decepción quedó flotando en el ambiente.

* * *

Aquella tarde, la bellísima señorita Arlington se dedicó a cosas ciertamente muy propias de mujer: ir de compras. Estuvo en varias tiendas, donde adquirió prendas finísimas interiores y graciosos conjuntos de jerseys, *shorts*, zapatitos, un par de minifaldas… Aparentemente, la señorita Arlington lo pasó en grande, y regresó al hotel muy satisfecha de su paseo por Nassau.

Solo una de sus actividades podía resultar sorprendente en tan bella damita: alquiló una avioneta deportiva y todo el equipo necesario para volar… incluido un paracaídas.

A las seis y media de la tarde apareció en el bar del hotel con un precioso modelito de tarde, de color oro, muy escotado, ligerísimo; soberbia sobre sus zapatitos de alto tacón, se acercó al mostrador, se colocó como una muñequita sobre uno de los taburetes, y movió un dedito hacia el camarero, que acudía ya como una centella.

—Vodka-tonic con mucho hielo, por favor.

—Sí, señorita.

Había un pequeño espejo detrás del camarero, al cual comenzó a dirigir frecuentes pero discretísimas miradas la señorita Arlington. Un observador muy atento quizás habría llegado a pensar que ella había ocupado aquel taburete precisamente para poder mirar hacia el resto del bar por el espejo, sin tener necesidad de volverse. Igual que hacían los famosos *gunmen* en el Viejo y Lejano Oeste americano.

Hacia las siete menos cuarto, entró en el bar un hombre que mereció la insistente mirada de la señorita Arlington, siempre por el espejo, desde luego. Un hombre alto, recio, de rostro algo adusto, cejas espesas, vestido con seriedad casi insólita, con traje completo y corbata. Se sentó a una mesita, pidió algo al camarero que acudió a servirle, encendió un cigarrillo y dio un vistazo a todo el bar…

Sus ojos quedaron unos segundos fijos en la bonita espalda de piel dorada de la señorita Arlington, la cual, a través del espejo, le sonrió levemente.

Luego, cuando el camarero ya hubo servido al hombre de las cejas espesas, la señorita Arlington tomó su vaso con lo que quedaba de líquido en él, y se acercó, directamente, a aquella mesa. Quedó plantada graciosamente ante el hombre, que la miró con bien contenida sorpresa.

—¿Me permite? —Sonrió ella.

La sorpresa del hombre pareció aumentar, pero siempre bien dominada.

—Sí… Por supuesto.

Ella se sentó, y se lo quedó mirando fijamente.

—Entiendo que usted es Peter Gilbert, señor —musitó.

—Así es… ¿Me conoce?

—No, no… Ni usted a mí. Sin embargo, era usted bastante fácil de identificar, señor Gilbert.

—Temo que no comprendo —parpadeó el hombre.

—Verá usted… En cierto lugar, me dijeron que viniese aquí, a Nassau, y que entrase en contacto con usted, y con Hortense Wald… Me los describieron a ambos. Solo una descripción verbal, señor Gilbert… De modo que esta mañana, durante el almuerzo, solo he tenido que estar atenta a las personas que entraban al comedor. Así, los he identificado a usted y a Hortense Wald.

—Perdone… La señorita Wald y yo no tenemos nada que ver el uno con el otro. Apenas la he visto por aquí un par de veces. No comprendo…

La señorita Arlington bajó mucho la voz, para decir, en ruso:

—Quizá nos comprenderíamos mejor si pudiésemos hablar en un lugar más seguro que este, señor… Gilbert.

Hubo un destello de alarma en los ojos de Peter Gilbert, que musitó, todavía en inglés:

—No la entiendo… ¿Qué ha dicho usted?

—He hablado en ruso, igual que ahora —sonrió Natalie—. Y sé muy bien que me está comprendiendo. Estoy intentando ser amable, señor Gilbert.

—¿Amable?

—Respecto a una petición de cuentas sobre el fracaso de usted y de Hortense Wald.

Peter Gilbert palideció ligeramente.

—Mire, señorita…

—Arlington. Natalie Arlington.

—Mire, señorita Arlington, no sé de qué me está hablando, ni entiendo ese idioma que está utilizando ahora… No sé una sola palabra de ruso, ni…

—Señor Gilbert: en cierto lugar, alguien quiere saber el porqué de su fracaso. Quieren saber por qué la CIA está enterada de que una isla artificial desplazable llamada «Navigator» es muy importante. También quieren saber por qué no eliminaron mucho antes a un agente de la CIA que pudo enviar su mensaje antes de morir. Espero que ahora me habrá entendido sin lugar a dudas. ¿Sí?

—¿Quién es usted? —jadeó Gilbert.

—Arlíngton, Natalie. Es claro que mi nombre es tan verdadero como el suyo de Peter Gilbert. Por lo demás, creo que esta conversación debería desarrollarse en un lugar más tranquilo, más… adecuado.

—No tengo nada que hablar con usted.

Natalie Arlington se quedó mirando fijamente a Peter Gilbert. Con una fijeza absoluta, estremecedora, porque sus hermosos y dulces ojos azules parecían haberse congelado; era como si estuviesen enviando rayos helados al cuerpo del hombre.

—Usted no entiende bien, señor Gilbert —susurró fríamente—. Va a tener que darme una explicación conveniente… convincente, quiero decir, sobre este asunto. De lo contrario…

—¿Qué?

—Bien… Yo he sido enviada aquí para que usted y Hortense Wald intenten explicar su fracaso. Pero, si ni siquiera acepta usted esta especie de… pequeño juicio privado, tendré que proceder a realizar la segunda parte de mi trabajo en Nassau.

—¿Qué segunda parte? ¿De qué me habla?

—De la ejecución de dos elementos… fracasados, señor Gilbert.

—¿Es usted… una… una ejecutora? —jadeó de nuevo Gilbert.

Natalie Arlington no contestó. Miraba fijamente al hombre de las cejas espesas, con una sonrisita fría, como congelada. Tomó un cigarrillo del paquete de Gilbert, lo encendió y lanzó el humo graciosamente hacia el vaso del espía ruso.

—No hace falta emplear palabras malsonantes —dijo al fin—. Lo que sí es imprescindible es tener la seguridad de que «Navigator» podrá continuar con su cometido. Cosa que dudamos, ya que la CIA

está enterada de su existencia, y hasta es posible que ya la estén vigilando.

—No… No, no… Le aseguro que el agente de la CIA no pudo enviar ningún mensaje.

—Estamos seguros de que la CIA sabe algo sobre «Navigator».

—¡Pero no habrá sido por culpa mía, o de Hortense! ¡No es…!

—Baje la voz, señor Gilbert. Ya le he dicho que sería más conveniente hablar en otro lugar. Y, por favor, no se excite. ¿Por qué está tan seguro de que el fracaso no corresponde a usted y Hortense Wald?

—El agente de la CIA que matamos no pudo enviar ningún mensaje: su radio no funcionaba.

—Oh, vamos…

—¡La probé yo mismo! No funcionaba.

—Si esa es toda la defensa que puede presentar…

—La radio debe de estar en el mismo sitio. No creo que nadie haya ido a esa cabaña todavía. Puede usted examinarla, si quiere, y se convencerá de que el americano que nos vigilaba a nosotros no pudo enviar ningún mensaje.

—Entonces… ¿cómo ha podido llegar la CIA a sospechar de «Navigator»?

—¡No lo sé!

Natalie Arlington permaneció silenciosa un par de minutos, pensativa, fumando lentamente. Por fin, aprobó con la cabeza.

—De acuerdo, Gilbert. Por supuesto, tenemos una fisura en el grupo, por la cual se escapa información, que recibe la CIA Si usted me demuestra que el agente que mataron no pudo enviar ningún mensaje, regresaré a… a cierto lugar, y tendremos que empezar a buscar esa fisura en otra parte. ¿Lo entiende?

—Sí. Y espero convencerla de que no es culpa de Hortense y mía. Cierto que un agente de la CIA nos vigilaba y escuchó algo, según creemos. Pero no tuvo tiempo de nada. Solo de morir.

—¿Están seguros de que murió?

—Segurísimos. Y sin tocar la radio. Es decir, la tocó, pero estaba estropeada, y…

—¿Lo mató usted mismo, Gilbert? ¿O delegó en alguien ese trabajo?

—Lo perseguimos Hortense y yo. Ella lo mató, de un balazo en

la espalda primero y otro en el corazón después. Lo lastramos y lo tiramos al mar, en un lugar conveniente.

—Está bien —sonó tensa la voz de Natalie—. Ahora, iremos los dos a ver esa cabaña y la radio.

—¿No esperamos a Hortense?

—Hablaré con ella por separado, si no le importa. Cada uno tenemos nuestros métodos.

—Sí… Está bien, comprendo.

—¿Tiene el coche afuera, Gilbert?

—Sí.

—Salga dentro de cinco minutos, suba en él y diríjase por Bay Street hacia
Dick's
Point, despacio. Yo le saldré al encuentro, subiré, e iremos los dos a examinar esa radio… Supongo que recuerda dónde está esa cabaña.

—Sí. Cerca del mar, en…

* * *

—Ahí la tiene —señaló Gilbert.

Natalie Arlington asintió con la cabeza. Se habían detenido junto a un apretado grupo de palmeras, y miraban ambos hacia la cabaña. El coche había sido dejado bastante atrás, fuera de la carretera.

Como la noche anterior, la cabaña destacaba recortándose contra el mar plateado.

—No se ve luz… Parece que no haya nadie.

—¡Claro que no hay nadie! —aseguró Peter Gilbert—. Es posible que todavía no sepan que su hombre está muerto. O quizá, si lo sospechan, no se atrevan a acercarse por miedo a una trampa.

—Parece sensato… Vamos primero a ver dónde tiró a ese hombre, Gilbert.

—¿Para qué?

—Soy una buena nadadora. Por la mañana, es posible que venga a nadar por estos lugares… Y quiero asegurarme de que, en efecto, hay un hombre muerto en el fondo del mar.

—¿Cree que Hortense y yo hemos mentido? ¿Cree que el agente de la CIA pudo escapar y que nosotros hemos inventado esto para salvar nuestra responsabilidad?

—Usted habla demasiado, Gilbert. Yo solo estoy haciendo mi trabajo lo mejor que puedo y debo. Vamos allá.

Tres minutos más tarde, el enfurruñado Peter Gilbert señalaba un punto del mar, bajo ellos, pegando suavemente en las paredes del pequeño acantilado, de apenas diez pies de altura.

—Ahí abajo hay no menos de veinte yardas de profundidad… Si usted es capaz de descender a esa profundidad, verá al americano.

—Eso será mañana. Ahora, vamos a la cabaña, a ver esa radio.

Regresaron a la cabaña, y Gilbert fue quien empujó la puerta, que continuaba abierta. Entraron los dos, Gilbert cerró la puerta y encendió su pequeña linterna, apuntando hacia el armario.

—Está camuflada ahí dentro.

—Descúbrala.

El espía ruso llamado Piotor Govarian se fue hacia ella, se acuclilló, dejó la linterna en el suelo y asió los pequeños pomos de madera, uno con cada mano, confiado, tranquilo. Sabía que podría demostrar a la enviada de sus superiores que ni él ni Marya Smirkov habían permitido que el hombre de la CIA enviase ningún mensaje. Por tanto, la ejecutora de la MVD tendría que buscar la fisura de su grupo de espionaje por otro lado…

Pero la ejecutora de la MVD parecía tener proyectos muy diferentes.

Apenas estuvo el falso Peter Gilbert acuclillado ante ella, con las manos en los pomos de los simulados cajones, ella alzó su manita derecha. Luego, la dejó caer, de canto, con fuerza, con formidable eficacia, en la nuca de Piotor Govarian.

Capítulo II

Cuando Piotor Govarian abrió los ojos, tuvo que volver a cerrarlos inmediatamente, para eludir la molestia que le producía la luz de su propia linterna, directamente dirigida hacia él.

—¿Qué…?

—Soy yo, señor Gilbert: Natalie Arlington.

—¿Qué ha ocurrido? Vamos a… ¡Estoy atado!

—De pies y manos, señor Gilbert. Y tan sólidamente, que jamás podría soltarse sin ayuda.

—¿Qué significa esto? —Se crispó la voz de Govarian.

—Lisa y llanamente, significa que el agente de la CIA sí pudo enviar su mensaje. Espero que lo entienda. —La luz volvió a dar en el rostro de Govarian, que la soportó mejor—. Y espero también que lleguemos a un acuerdo pacífico.

—Usted… ¡Usted es de la CIA!

—Oh, vamos —rio Natalie—. No sea fantasioso. Soy solamente una pobre muchacha que ha venido a pasar unas cortas vacaciones en las Bahamas. Aunque… Sí. Sí, sí, debo admitir que estoy muy disgustada, señor Gilbert.

—¿De qué habla ahora?

—Se lo explicaré con pocas palabras: el hombre que usted y Hortense Wald mataron era amigo mío. No le conocía, pero era amigo mío. Un amigo muy querido. Y me siento profundamente disgustada por su muerte. Siempre me ocurre, es algo que no puedo evitar: cuando matan a uno de mis amigos, sobre todo por la espalda, noto una sensación… desagradable de cólera. Es una ira profunda, fría, que nunca he podido reprimir. Soy muy sentimental, supongo que se da cuenta de ello.

—¿Quién es usted?

—Una dulce muchacha que sabe hablar estupendamente el ruso… pero que no es rusa. Dígame, señor Gilbert, ¿cuál es su

nombre verdadero?

—Está loca. Me llamo Gilbert… Peter Gilbert, y…

Piotor Govarian dejó de hablar para lanzar un gemido que brotó de lo más profundo de su cuerpo al recibir el golpe en el estómago. Se encogió en el suelo, sin fuerzas siquiera para gemir su dolor. Un segundo golpe, en el mismo sitio, acabó de truncar su respiración. Quedó inmóvil, como petrificado, palidísimo el rostro. Unas gotitas de frío sudor aparecieron en su frente.

—Sé que puede oírme bien, señor Gilbert. Le estoy golpeando con una vieja llave inglesa que he encontrado en esta cabaña. No voy a gastar balas con usted, créame. Si no contesta a mis preguntas, lo iré matando lentamente, a golpes. ¿Su nombre verdadero, señor Gilbert?

—Váyase… al… infierno…

Ahora, el golpe dio en las costillas de Piotor Govarian, que lanzó un chillido y casi se desmayó. La luz seguía dando de lleno en su rostro, dejando completamente invisible a la dulce señorita Arlington.

—Temo que le he roto un par de costillas, Gilbert. Yo no tengo prisa, se lo aseguro. ¿Prosigo?

—Piotor… Piotor Govarian…

—¿De la MVD?

—No. Soy un ciudadano ruso honrado y… ¡AAAAaaAAAAhhh…!

El golpe había sido propinado, esta vez, en la boca de Piotor Govarian, no demasiado fuerte. Pero una llave inglesa es siempre más dura que la boca de un ser humano. Los labios reventaron, y tres o cuatro dientes fueron machacados, casi triturados. Govarian quedó de nuevo casi desvanecido, jadeando, manchándose de sangre. Fue arrastrado por el cuello, y dejado sentado en el suelo todavía, con la espalda apoyada en el borde del camastro que había en la cabaña.

—Seguiremos hasta que vaya contestando, Govarian. Y cada vez que yo presienta que está mintiendo, recibirá un nuevo golpe. Apostaría algo a que mañana quedará muy poca cosa aprovechable de usted. ¿Pertenece a la MVD?

—Sí… ¡Sí!

—Muy bien. ¿Cómo se llama realmente Hortense Wald?

—Marya… Marya Smirkov Protopov…

—Naturalmente, ella también pertenece a la MVD.

—Sí…

—Y ustedes dos mataron al hombre de la CIA.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Qué supo él sobre esa «Navigator Island»?

—No lo sé.

—Oh, me he expresado mal, ciertamente. Mi pregunta correcta es esta: ¿qué hay en esa isla artificial llamada «Navigator»?

—No lo sé… ¡No lo sé, le digo la verdad!

—Mmm… Es posible que así sea. Vamos a admitir que no sabe lo que hay en esa isla. De acuerdo. ¿Qué es lo que sabe, entonces? Si me lo dice todo, nos ahorraremos tiempo y preguntas tontas.

—Yo… Nosotros solo sabemos que tenemos que esperar en Nassau cualquier posible orden con respecto a esa isla. Y ayudar a los mensajeros a salir de Nassau si fuese necesario.

—¿Mensajeros? ¿Qué mensajeros? ¿Qué clase de mensajes llevan o reciben?

—No lo sé. Ellos nos conocen a Marya y a mí. Sé que visitan la isla cada ocho o diez días, recogen algo allí, vienen a Nassau y se van hacia Europa, o hacia Cuba. Nosotros solo estamos aquí por si algunos de ellos tuviese dificultades. Saben dónde encontrarnos, y nos pedirían ayuda.

—Pero ¿usted no sabe lo que ellos consiguen en esa isla artificial? Piénselo bien, Govarian…

—Le digo que no lo sé. ¡No lo sé!

—Pero sí sabrá si es algo grande, o pequeño, o humano, o científico, o metálico…

—Son sobres. Solamente sobres… Pero se cambió el sistema, y ahora son microfilmes.

—¿Qué contienen esos microfilms?

—No lo sé.

—Entiendo que «Navigator Island» navega solamente por la costa sudoriental de Estados Unidos. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Están vigilando algo, o intentando algún sabotaje? ¿Una base militar, un centro de investigación espacial…?

—No sé.

—Sabe usted muy pocas cosas, Govarian. Muy pocas. Mucho me

temo que está queriendo engañarme, de modo que…

Esta vez, el golpe con la llave inglesa resonó sobre la pierna derecha de Govarian, que volvió a lanzar un alarido. Antes, se había oído un extraño crujido, como de madera astillada, quebrada bajo el golpe de un hacha. Y esta vez, sí. Esta vez, Piotor Govarian se desvaneció.

* * *

El ardiente sabor del *whisky* le ayudó a despejarse. Tosió, se congestionó… Inmediatamente, comenzó a gemir, mencionando su rodilla, en ruso.

—Solamente está un poco hecha papilla, Govarian —dijo la voz de Natalie Arlington—. Quedará cojo para siempre, pero eso no tiene demasiada importancia. Volvamos a nuestra «amistosa» conversación: ¿de veras no sabe nada más sobre «Navigator Island»?

—No… No sé nada más —gimió débilmente Govarian—. Le he dicho todo lo que sé…

—¿Ni siquiera sabe dónde se halla en estos momentos tan simpática y sorprendente isla navegante? ¿Ni siquiera eso?

—Creo… creo que está al sudoeste de los cayos de Florida…

—Ese sudoeste es muy amplio. Concrete un poco más.

—Veinticinco grados latitud Norte… Ochenta longitud Oeste…

—¿Así, tan exacta es su posición?

—Es aproximada… Tiene que estar por ahí, ahora.

—Bueno, algo es algo… ¿Es posible distinguir esa isla artificial de otra natural?

—No… A menos que esté navegando.

—Claro. ¿Hay algo notable en ella? Supongo que habrá algún edificio, o algo…

—Una quinta, en el centro mismo.

—¿A quién pertenece la isla, y por tanto la quinta?

—A un norteamericano.

—¿5u nombre?

—Pernell Newberry.

—¿Ve como sí sabe más cosas, Govarian? Dígame, ese Newberry, naturalmente, trabaja para ustedes, ¿no es así?

—Supongo que sí.

—¿Quién es él, exactamente?

—No sé… Un millonario americano.

—Un cochino traidor… Ya me encargaré de él, en su momento. ¿Qué más cosas sabe, Govarian?

—Nada más… ¡Nada más!

—¿Está seguro?

—Sí, estoy seguro… ¡Sí, lo estoy!

—Es una lástima. Sí, es una lástima, porque cuanto menos sepa, cuantas menos cosas tenga que decirme, menos tiempo vivirá usted. Y puesto que ya no sabe nada más…

—¡Sí! ¡Sí sé más cosas, sé muchas cosas…!

—Oh, magnífico… Diga, diga, le escucho.

—Sé que… Sé varias cosas, muchas cosas… Pero no estoy en condiciones de hablar… Déjeme descansar unas horas…

Natalie Arlington se echó a reír, divertidísima.

—¡Pero por favor, Govarian…! ¿Con quién cree que está tratando? ¿Con una novata tonta? Usted ya no sabe nada más que pueda interesarme, de modo que vamos a poner punto final a esta entrevista.

Se oyó el apagado taconeo de Natalie al moverse por la cabaña. La luz de esta se encendió, y Piotor Govarian parpadeó, pero esforzándose en mirar a la dulce damita de cuerpo maravilloso. Ella le sonrió inexpresivamente, se alzó el vestido, y mostró una pistolita pegada al muslo izquierdo por una ancha tira de esparadrapo color carne. Despegó uno de los extremos sobre la finísima piel, empuñó la pistolita de cachas de madreperla, y se colocó simpáticamente delante del falso Peter Gilbert.

—Final de viaje, Piotor Govarian —dijo.

—No… No, no, espere… Puedo serle útil, puedo decirle…

—Muchas y diversas cosas, lo sé. A decir verdad, yo debería entregarlo a usted a mis compañeros, para que le obligasen a hacer un buen examen de conciencia, y les contestara miles y miles de preguntas. Pero para eso tendrían que curarlo, cuidarlo, atenderlo… Incluso cabe la posibilidad de que no lo matasen, y eso… eso es lo que me disgusta mucho, Govarian. Usted tiene que morir.

—Pero yo podría… ¡podría serles útil!

—Desde luego. Pero ¿qué quiere? Es algo superior a mi voluntad: quien mata a uno de mis amigos, no vive más allá de

cuarenta y ocho horas, si de mí depende. Adiós, Govarian.

—¡No disp…!

Plop.

Plop.

Fríamente, sin alterarse lo más mínimo, Natalie Arlington disparó dos veces. Piotor Govarian se calló para siempre, mientras en su pecho, sobre la blanca camisa ya manchada, salpicada de sangre, aparecían, justo sobre el corazón, dos pequeñas y circulares manchitas rojas.

Natalie Arlington se colocó la pistolita en el muslo izquierdo, sujetándola de nuevo con el esparadrapo. Echó un vistazo alrededor, miró con escalofriante indiferencia el sentado cadáver de Piotor Govarian, apagó la luz y salió de la cabaña, tranquilamente.

Allí no había ocurrido nada importante.

* * *

—¿Quién es?

—Servicio, señorita Wald —contestaron al otro lado de la puerta. Hortense Wald frunció el ceño. ¿Servicio a aquellas horas? La costumbre era arreglar la *suite* por las mañanas, no casi a la hora de la cena. Además, parecía que todo estaba en orden… Bien, quizás era una camarera, que había olvidado algo, o traía toallas, o…

—Un momento, por favor —dijo Hortense.

Se dio una última mirada al espejo. Ciertamente, estaba bellísima, radiante. Aquella noche, como las anteriores, todos los hombres la mirarían en el comedor. Menos Piotor, que estaba obligado a procurar por todos los medios que no pudiesen relacionarlos al uno con el otro, y por eso era el que menos se acercaba a ella.

Sí… Aquella noche, con su bonito vestido negro, sus claros ojos, sus rubios cabellos, su boca llena y sonriente, ella, Marya Smirkov, tendría el mismo éxito que todas las noches…

—Ya va…

Abrió la puerta, todavía sonriendo, satisfecha de sí misma. Claro que si aquellos hombres supieran quién era ella, qué era ella, seguramente se asustarían un poco. Pero como no pensaba decirlo,

naturalmente, todos seguirían admirándola.

Se quedó mirando incrédulamente a la lindísima camarera, ataviada con el blanco uniforme del hotel. Tan linda, tan linda… que Marya Smirkov se sintió francamente molesta. ¿Era justo que una simple empleada de hotel fuese más hermosa que ella? Y a pesar de llevar aquel uniforme, hasta parecía más elegante, más señorial…

—¿Qué desea? —preguntó, desabrida.

La lindísima camarera mostró la pequeña bandeja que llevaba en una mano.

—Un recado para usted, señorita Wald.

La falsa Hortense Wald miró el papel doblado que había sobre la bandeja. Alargó la mano hacia él, pero la camarera retiró la bandeja, mirando hacia ambos lados del pasillo.

—Me han ordenado que tengo que entregárselo dentro de la *suite*, señorita Wald.

—¿Quién le ha entregado este papel?

—Permítame…

La camarera entró en la *suite*, y Hortense Wald, tras vacilar, cerró la puerta y siguió con el ceño fruncido a la muchacha de esplendorosos ojos azules, que se dirigía en línea recta hacia el dormitorio.

Entró tras ella, ya casi disgustada.

—Oiga, usted no…

—Señorita Wald, es un mensaje importante, me han dicho. Tenía que entrar aquí, para estar segura de que nadie me vería entregándoselo. Esas han sido las instrucciones que he recibido… Y a mí me gusta hacer bien las cosas.

—¿Le han pagado por hacer esto?

—No, no… Es una grandísima satisfacción personal tan solo, se lo aseguro.

Hortense parpadeó, un poco desconcertada… y desconfiada.

—Bien. Deme ya ese mensaje.

La camarera adelantó la bandeja, y Hortense tomó el papel doblado en cuatro; lo desdobló, miró todavía con desconfianza a la bella muchacha de ojos azules, y bajó la vista hacia el papel.

Estaba escrito en ruso, y decía:

Marya Smirkov Protopov: tienes ante ti a una compañera del hombre que mataste anoche. Según es norma de ella, vengará implacablemente la muerte de su amigo. Piotor Govarian te está esperando ya en el infierno. Adiós, Marya Smirkov.

Hortense Wald alzó la vista del papel, lívido su rostro, tan aturdida como sobresaltada. Ante ella, todavía con la bandeja en una mano, estaba la camarera bellísima de los ojos azules, mirándola con una helada sonrisa que no conseguía ser amable.

—¿Malas noticies, Marya? —musitó, en ruso.

—No, no —jadeó la rusa—. Un momento, recogeré algo del armario…

—No admito propinas —deslizó la camarera.

—No es… una propina…

Saltó hacia el armario, lo abrió, alzó unas prendas de ropa, cogió la pistola que tenía debajo, se volvió velozmente…

Oyó el silbido, vio el destello… Y eso fue todo. La aguda hoja de la navaja de resorte se clavó en su garganta profundamente, empujándola contra el armario. Dio de espaldas allí, rebotó soltando la pistola, cayó de rodillas violentamente… Ante sus ojos sin vida, la bella y elegante camarera movió una manita en un gesto de despedida.

—Lo dicho: adiós, Marya Smirkov Protopov. Saludos a Piotor. Recogió el papelito del suelo, y, como si tal cosa, salió del dormitorio. Parecía, ciertamente, que tampoco allí hubiese ocurrido nada.

Se quitó la bata blanca y la cofia, abrió la puerta de la *suite* y miró a ambos lados del pasillo. No había nadie allí. Salió, se dirigió a la escalera e inició la ascensión a la «suite imperial» número 3.

Una vez allí, abrió su armario, sacó el maletín rojo con florecillas azules, lo abrió, y sacó lo que parecía exactamente un paquete de cigarrillos.

Sacó a medias uno de los cigarrillos.

—Adelante —brotó del paquete una voz masculina.

—Recojan también a Marya Smirkov, en su *suite* del Windsor Hotel. Asunto terminado. Mañana…

—¡Un momento! Esperamos…

—No hay nada que esperar. He dicho que este asunto está

terminado en las Bahamas, y así es. Ocúpense de los cadáveres. Yo haré lo demás.

—La ayudaremos a…

—¡No! Yo soy nueva aquí, pero ustedes no. Cabe la posibilidad de que tengamos cerca más agentes de la MVD. Por tanto, ustedes no se moverán más que para recoger los cadáveres, y eso con todas las precauciones. También saben dónde está el de nuestro compañero, en el mar. Eso es todo… Ah, un momento. Bien entendido que «Navigator Island» está en la posición marina de veinticinco grados latitud norte, ochenta grados longitud oeste, saldré mañana temprano hacia allí. Es todo.

Bajó el cigarrillo, de modo que la comunicación quedó cortada, y guardó el paquete en el floreado maletín. Dejó este en el armario y fue hacia el teléfono. Pidió un número de Nassau, y poco después hablaba con otra persona…

—Soy Natalie Arlington. Respecto a la avioneta deportiva que he alquilado, saldré en ella mañana temprano. ¿La tendrán lista, por favor?

—¿…?

—Hacia las ocho de la mañana.

—…

—Gracias. Hasta mañana. Por favor, no olviden el paracaídas. Me gusta el deporte… pero con las máximas seguridades.

—Espléndido. De nuevo gracias. Buenas noches.

Colgó. Miró su relojito… y frunció el ceño. Entre tantas tonterías, casi se le había pasado la hora de la cena. Lamentable. Muy lamentable.

Capítulo III

La pequeña avioneta Ford deportiva sobrevoló aquella pequeña isla que no estaba en el mapa. Una isla de apenas un cuarto de milla cuadrada, muy bonita, con su playa de arena de color rosa, igual que las de New Providence. En el centro, había una bonita quinta, de tejado rojo. En un lado de la playa, un par de lanchas, sobre la rosada arena… Cerca de la casa, una bonita piscina, cuyas aguas parecían azules, en contraste con el verdiazul del mar.

Había flores, palmeras, abundante vegetación… Ciertamente, parecía una isla como otra cualquiera. Un diminuto islote donde alguien con mucho dinero había construido un agradable refugio para vivir en paz, lejos del mundanal ruido… También había un helicóptero, pintado de azul y rojo, colocado en un ángulo del pequeño claro de verde hierba espesa, que brillaba al sol.

Arriba, en la avioneta, uno de los deditos de Natalie Arlington estaba posado sobre un punto del mapa, marcado con una cruz, justo allá donde se juntaban el paralelo veinticinco norte y el meridiano ochenta oeste. La isla no estaba exactamente allí, pero sí muy cerca, según indicaban los aparatos posicionales de la avioneta. La isla, en verdad, se hallaba en un lugar donde, según el mapa y las más modernas cartas marinas, no había una sola pulgada de tierra firme.

Allá estaba, pues, «Navigator Island».

La dulce señorita Arlington plegó cuidadosamente el mapa y las cartas de navegación. Luego, con una mano, se aseguró de que el paracaídas estaba convenientemente sujeto a su espalda por los atalajes, mientras con la otra mantenía fija la ruta de la avioneta, que iba dejando la isla al sur.

Un par de millas más allá, la manita derecha de Natalie Arlington introducía un pequeño cartucho tubular entre los aparatos de control de vuelo. Cinco segundos más tarde, un humo

negro y espeso comenzó a brotar de la avioneta…

* * *

Cómodamente tumbado a la sombra de una palmera, cerca de la playa de rosada arena, Zoltan abrió de pronto los ojos, sobresaltado. Le tiró un puñado de arena a Pauley, que parecía dormitar, con un sombrero de paja sobre el rostro.

—Hey, Pauley, mira eso… Se va a estrellar.

Pauley se sentó en la arena, bostezando. Pero el bostezo quedó fijo en su boca, hasta que pudo lanzar una exclamación.

—¡Viene hacia aquí! ¡Nos va a caer encima!

Se quedaron mirando aterrados la avioneta, que parecía que, ciertamente, se dirigía hacia la isla, envuelta en negro humo. De pronto, la dirección del vuelo cambió ligeramente, pero lo bastante para que se disipasen los temores de Zoltan y Pauley, que se habían puesto en pie y tapaban sus ojos con una mano, para protegerlos del sol mientras miraban hacia lo alto.

Un bulto salió disparado de la avioneta, y segundos después, mientras esta picaba a toda velocidad hacia el agua, un paracaídas se abría en el cielo azul, a menos de quinientos pies del mar.

—Vaya… —suspiró Zoltan—. Ahí tienes a un tipo con suerte.

—Parece… parece una mujer…

Pauley corrió hacia una palmera, junto a cuya base se veían un par de botellas de leche, diarios, revistas, unos prismáticos, cigarrillos… Tomó los prismáticos, volvió junto a Zoltan y miró hacia el desafortunado piloto.

—Es una mujer en biquini —dijo, atónito—. ¡Mírala! Zoltan utilizó los prismáticos, y lanzó un silbido.

—¡Fiuuu…! ¡Y tan seguro que es una mujer…! ¡Y qué mujer!

—Debe de ser una chiflada. ¡Pilotando una avioneta en biquini, por estos rumbos…!

—Está llegando al agua… ¿Qué hacemos? ¿Vamos a buscarla o la dejamos que se hunda?

—No sé… Creo que será mejor ir a buscarla. Quizás haya conseguido pedir ayuda por la radio, y vengan los Guardacostas a recogerla… Nos veríamos en un aprieto si tuviésemos que explicar por qué no la ayudamos. Ella habrá mencionado su posición, la

presencia de una isla…

—Tienes razón. Bueno, ve tú a buscarla. Yo iré a avisar al jefe, a ver qué decide. No cuesta nada traerla aquí. Luego, si conviene, ya la tiraremos nosotros mismos a la barriga de los tiburones que nos rodean. Date prisa.

—¡Brrr! —resopló Pauley—. Yo preferiría estrellarme con una avioneta que ir a parar a las mandíbulas de un tiburón. Esa mujer no sabe lo que está haciendo.

—Bueno, eso no es cosa nuestra. Ve a buscarla mientras yo aviso al señor Newberry.

Pauley corrió hacia una de las lanchas. Cuando la puso en marcha, la avioneta ya había desaparecido bajo las aguas, y la mujer en biquini estaba a menos de diez pies de la superficie. La lancha salió a toda velocidad, dejando una blanca raya espumosa…

Mientras tanto, Zoltan corría hacia la quinta. Cuando llegó allá, hizo señas a un gigantesco coloso de cabeza pelada, que estaba mirando hacia la playa, abandonada momentáneamente su labor de cuidar las flores que rodeaban la piscina.

—¡Makario! —Llamó Zoltan—. ¿Se ha levantado ya el jefe?

—Está desayunando en la terraza. ¿Qué está pasando?

—No sé… Es una mujer, que ha tenido que…

El resto de sus palabras no llegó hasta Makario, pues Zoltan continuó hacia la quinta, rodeándola en busca de la terraza que se cernía sobre la piscina. Había dos hombres allá. Uno de ellos vestía chaleco y pantalones negros, con camisa verde y amarilla, a listas finísimas; estaba detrás y junto al otro, que se hallaba sentado a la mesa de cristal, desayunando. Un desayuno que había interrumpido para mirar, también con unos prismáticos, hacia el náufrago aéreo, que había llegado al agua. El primer hombre era corriente, vulgar, de edad mediana y rostro inexpresivo.

El otro, el que estaba desayunando, podía ser cualquier cosa menos corriente. Debía de tener treinta y cinco años, era alto, atlético, ancho de hombros. Rostro aristocrático, muy bello y viril, recio. Sus ojos eran castaños, como su cabello. Unos ojos grandes, vivos, inteligentes, de expresión amable, sonriente. Estaba muy bronceado por el sol, con un tono entre dorado y marrón que resultaba muy agradable. Sus manos eran grandes, bellas, fuertes.

—El café, Leeper.

—Sí, señor.

El otro le sirvió el café. Cuando Zoltan llegó junto a él, lo estaba tomando, pausadamente. Sus ojos se fijaron con aquella clásica amabilidad en el recién llegado.

—Señor Newberry, una mujer…

—Lo he visto todo, Zoltan.

—Pauley ha ido a recogerla. Hemos pensado…

—Sé, aproximadamente, lo que habéis pensado. Desde luego, no es conveniente dejarla en el mar; podría traernos complicaciones. Claro que también nos las traerá, de todos modos. En fin, veremos qué se puede hacer cuando llegue el momento de tomar una decisión… Dime una cosa, Zoltan: ¿mi vista está funcionando mal…, o esa mujer ha saltado en biquini de la avioneta?

—Iba en biquini, señor Newberry.

—Ah… Bueno, en estos lugares casi tropicales hace mucho calor dentro de los aviones. Y a lo mejor esa mujer estaba buscando un buen lugar donde aterrizar para darse un buen baño.

—Lo dudo, señor.

—Yo también —sonrió Newberry—. Pero siempre hay que ser cortés, Zoltan. No importa que sepas que alguien te está mintiendo, que está intentando engañarte, que es un sinvergüenza… No. No importa. Uno debe ser siempre correcto. Los españoles, que según opiniones son gente un tanto… camorrista, suelen decir que «lo cortés no quita lo valiente».

—Yo…, señor Newberry…, no entiendo esto muy bien…

—Es muy sencillo: uno puede ser cortés y educado con los demás, en todo momento. Pero, aunque sea con exquisita cortesía, con gran educación, se corta un cuello cuando es necesario.

—Eso sí lo entiendo —sonrió Zoltan.

—Magnífico. En tal caso, usaremos esa táctica española: dejaremos que esa mujer en biquini venga aquí, la escucharemos con suma cortesía… y si lo que dice no nos gusta, lo cortaremos el cuello.

—Pauley y yo habíamos pensado echarla a los tiburones.

—También es una solución conveniente. La tendré en cuenta. Al fin y al cabo, hay muchas maneras de cortar un cuello, por lindo que sea. Aunque presiento que esa intrépida aviadora debe de ser ya bastante arrugada, con más de cuarenta años, muchas pecas y

carnes blandas… Ya verás como es una clásica millonaria norteamericana, llena de arrugas por la vida disipada, ojos apagados, sonrisa cínica… Apuesto cien dólares, Zoltan.

* * *

Cuando la mujer llegó ante ellos acompañada por Pauley, el más asombrado no fue precisamente Zoltan. Ella se detuvo delante de la mesita de cristal, y se quedó mirando con una sonrisa tímida y dulce a Pernell Newberry.

—Temo que voy a causarle algunas molestias, señor —dijo.

Ya no llevaba el paracaídas, naturalmente; pero sí llevaba el biquini, de un estupendo tono rojo. Eso, y un maletín también rojo, con florecillas azules estampadas, era todo cuanto llevaba la muchacha que había saltado de la avioneta.

Pernell Newberry se resistió todavía durante algunos segundos a admitir la insoslayable realidad. Esto es, que había fallado lamentablemente en sus predicciones referentes al aspecto físico de la mujer.

—Zoltan —musitó—, recuérdame el día de pago que te debo cien dólares.

—Sí, señor —sonrió Zoltan.

—Podéis marcharos —movió Newberry una mano, con gesto elegante—. Todos. Volved a vuestros trabajos. ¿No quiere sentarse, señora?

Se había puesto en pie, muy correctamente. Zoltan, Pauley y Leeper se alejaron. La muchacha sonrió, de nuevo tímidamente, y ocupó una silla de hierro forjado. Newberry volvió a sentarse entonces, todavía un poco atónito.

—Debe perdonarme —sonrió.

—¿Yo? —musitó ella—. No comprendo…

—Aposté cien dólares con uno de mis empleados a que usted sería una de esas clásicas americanas rebosantes de dólares, con más de cuarenta años, muy pecosa y… carnes blandas.

—Bueno… —Sonrió ella—. Me parece que usted es un caballero, señor.

—¿Por qué lo dice?

—Porque ha pagado su deuda a Zoltan. Lamento haberle costado

cien dólares aun antes de conocernos.

—Los pagaré con gran satisfacción, señora…

—Señorita. Natalie Arlington, de Boston.

Newberry alzó las cejas, realmente sorprendido.

—No me diga que ha venido desde Boston hasta aquí volando en una avioneta… y en «bikini».

—No, no —rio deliciosamente Natalie—. Estoy de vacaciones en las Bahamas.

—Ah… Claro, por supuesto. ¿Gusta café?

—Muy agradecida. Este es un buen momento para tomarlo… ¿Por qué pensó que yo tendría las carnes blandas?

—No sé. Mas no importa, señorita Arlington. Cien dólares por una equivocación semejante se pagan con verdadero placer. ¿Mucha azúcar, poca o ninguna?

—Mmm… Vamos a ver… Tengo en la boca el gusto del agua del mar, o sea, muy salada… Si tomo poca azúcar, será insuficiente. Si tomo mucha, el contraste entre el gusto salado y el dulce será horrible… Creo que lo tomaré sin azúcar.

—Excelente gusto. ¿Sabía usted que hay tiburones por estas aguas?

—¡No! —Se asustó la muchacha de los ojos azules.

—Le aseguro que sí. Algunos de ellos miden hasta doce o quince pies. Hace un par de días, tuvimos que matar a disparos de rifle una «banda» de cuatro que no se decidían a alejarse de la isla. Pero Salimos perdiendo con eso.

—¿Por qué?

—Bueno… Cuando los matamos, llegaron muchos más al olor de la sangre. Se armó una… orgía, un banquete de carne de tiburón para tiburones.

—Es horrible… ¿Cómo se le ocurrió venirse a vivir a una isla que está en aguas tan peligrosas?

—Pues… Realmente, el peligro solo está en el agua, no en la isla. Habrá observado que tenemos una piscina.

—¿Sin tiburones?

—¡Sin tiburones! —rio Newberry—. Su café va a enfriarse si no se decide a tomarlo. Oh, perdón, creo que no me he presentado… Me llamo Pernell T. Newberry. Soy el propietario de la isla.

Natalie Arlington se quedó mirándolo sonriente, con la taza de

café ante sus hermosos labios sonrosados.

—Encantada —musitó.

Se dedicó a beber el café. Newberry la miraba con mucha atención, todavía sorprendido ante tanta belleza. De pronto, sus ojos se fijaron en el maletín rojo con florecillas, y su ceño se frunció, evidenciando notable perplejidad.

—¿Saltó usted con ese maletín? —preguntó.

—Fue lo único que me molesté en salvar.

—Ah. Bueno, es un maletín muy bonito, pero… no me diga que está lleno de joyas.

—Más o menos, así es, señor Newberry. ¿Quiere verlas?

—Siempre me han gustado mucho las joyas. Las veré con mucho gusto.

Natalie Arlington sonrió, abrió el maletín, sacó un espejito, un pintalabios, un peine, crema suavizadora del cutis… Ante el atónito Pernell Newberry, comenzó a arreglar en su rostro los desperfectos ocasionados por el chapuzón en el mar. Se peinó, se pintó un poquito los labios, se quitó el salitre del rostro, extendió por este una suave crema antisolar…

—Lo noto asombrado, señor Newberry —comentó alegremente.

—¿Asombrado? La verdad es que no doy crédito a mis ojos… ¿Se preocupó usted de salvar su maletín de belleza en momentos de tanto peligro?

—Vi la isla, de modo que varié el rumbo del aparato hacia aquí. Había visto la casa, la piscina… Sabía, por tanto, que la isla estaba habitada, y que iba a recibir ayuda. Al mismo tiempo, pensé que no estaría bien que no me ocupase de resultar una visión agradable. Supongo que me considera loca, señor Newberry, pero es una cosa que ninguna mujer olvida jamás.

—La creo… ¡La creo, la creo! ¡Es formidable! —rio—. ¡Se va usted de cabeza al mar con una avioneta, y todavía tiene tiempo de pensar en sus trucos embellecedores! Aunque, realmente, no precisa de estas cosas, señorita Arlington.

—Usted es sumamente amable, y yo… yo creo que voy a decidirme a verlo bien, señor Newberry.

—¿Cómo dice? ¿Verme bien? No creo…

Newberry calló cuando Natalie sacó del maletín sus lentes de gruesa montura negra, se los puso y se quedó mirándolo fijamente.

Ella pestañeó, y Newberry tuvo la impresión de que hasta entonces no lo había visto con suficiente claridad para juzgarlo.

—Me alegro mucho de haber prescindido de mi coquetería para verlo bien, señor Newberry.

—Oh, bueno, esto es… asombroso. ¿Entiendo que necesita usted esos lentes para ver bien a las personas?

—Mi vista es aceptablemente buena. Pero veo mejor con los lentes. Y usted… Bueno, señor Newberry, solo le diré que lamentaría mucho haberlos perdido en el naufragio.

Estuvieron mirándose fijamente, hasta que Newberry, tras carraspear, propuso:

—¿Más café?

—No. No, no, gracias… Lo que me estoy preguntando ahora es cómo volveré a Nassau. Queda… un poco lejos. Y, naturalmente, no voy a pedirle a usted que me preste una lancha para volver allá.

—¿Por qué no?

—Porque las molestias…

Natalie Arlington calló. Un hombre se acercaba a la terraza, caminando pesadamente. Un tipo alto, robusto, de rostro brutal, boca enorme, ojos pequeños y astutos. Era muy velludo, muy semejante a un gorila.

Llegó a la terraza, se detuvo ante Newberry y se quedó mirando con agresiva malicia a la muchacha.

—¿De dónde la has sacado? —masculló.

—Ha tenido un accidente de aviación —dijo fríamente Newberry —. Pauley tuvo que sacarla del agua. Es la señorita Arlington. Él es Monaway, señorita Arlington: mi segundo de a bordo.

Natalie miró inexpresivamente al malencarado individuo, que, por su parte, se limitó a mover la cabeza desganadamente.

—Todo está a punto —dijo, mirando a Newberry—. Cuando quieras, pondremos los motores en marcha.

—Ahora mismo. Ocúpate tú de todo.

—Está bien. ¿Y ella?

Señalaba a Natalie con un pulgar, siempre despectivamente. Newberry frunció el ceño e hizo un gesto incierto con una de sus elegantes manos bronceadas.

—Ya veremos. Rumbo al norte, Monaway.

—Bien.

El llamado Monaway se alejó, seguido por la mirada un tanto reprobativa de Natalie Arlington. Newberry se dio cuenta de ello.

—Deberá disculpar a Monaway. No es muy sociable.

—Me he dado cuenta. Es claro que les estoy proporcionando molestias, pero… Mire, señor Newberry, no es dinero lo que me falta. Yo puedo comprarle una de sus lanchas, y le enviaría un cheque adonde usted me indicase…

—No se preocupe por eso. Procuraremos arreglarlo del mejor modo posible. Lo que interesa ahora es procurarle algo de ropa. Entremos en la casa. Seguramente encontraremos algo para usted, provisionalmente, se entiende.

—No quisiera molestar más de lo…

—Tonterías —sonrió Newberry—. Será un placer ayudarla, señorita Arlington. Por aquí, por favor.

Entraron en la quinta por la puerta-ventana que daba a la terraza. Había allí un gran *living* muy acogedor y ambientado, con grandes plantas en tiestos, y, en el centro, un surtidor, cuyo fino chorro de agua se elevaba no menos de seis pies. Por supuesto, debía de ser agua obtenida del mar, pero se veía cristalina y fresca, y su rumor era muy agradable.

Había aire acondicionado, y todo era moderno, nuevo, confortable. La escalera que llevaba al piso alto era de madera brillante. Todo resultaba allí estrictamente funcional. No había un solo detalle que fuese superfluo, a excepción de unos pocos cuadros, cuyo peso, ciertamente, no debía de ser excesivo. También había televisión, bar, discoteca, biblioteca… Todo, en muebles cuya ligereza saltaba a la vista.

Arriba había ocho habitaciones, que no parecían muy grandes, dada la escasa separación entre las correspondientes puertas. Pernell Newberry abrió una de ellas y señaló su interior.

—Es mi dormitorio —sonrió—. Buscaremos algo en el armario. Oh, por supuesto, si usted quiere entrar sola, por si teme que…

Natalie Arlington miró fijamente a Newberry, sonriendo con formidable dulzura.

—No temo nada, señor Newberry.

Él aprobó con la cabeza, y se apartó, dejando entrar a la muchacha. Luego, entró él. Las persianas estaban inclinadas para dejar paso solamente a una media luz dorada; por las estrechas

rendijas se veía el tono verdiazul del mar. Natalie se acercó a ellas, mientras Newberry abría el armario…

—Señor Newberry, perdone… Creo que estoy soñando…

—¿Por qué dice eso?

—Pues… Oh, debo de estar todavía muy asustada por… Vaya, mis ojos, aun con los lentes, no están funcionando bien, según parece. ¿Qué diría usted que creo estar viendo?

—Quizá que la isla se mueve —sonrió Newberry.

—¡Exactamente! Debo de estar peor de lo que pensaba, y…

—Usted está perfectamente, señorita Arlington. Sucede que, en efecto, la isla se mueve. En estos momentos estamos navegando hacia el norte.

—¿Nave…? Por favor, señor Newberry…

—Es cierto —rio él, abriendo completamente las persianas—. Usted está viendo el surco de espuma que dejamos en el mar al desplazarnos. Esta no es una isla corriente, señorita Arlington.

—Debo de estar soñando… Insisto en eso.

—Insisto que no, por mi parte. No es demasiado asombroso. Solo se trata de una isla que navega.

—Ah, así de sencillo: una isla que navega… ¿Eso es todo?

—No, no —volvió a reír él—. Pero es algo largo de explicar, y tendremos mejor ocasión para ello. Puede usted ducharse, si quiere… Con agua dulce, por supuesto. En cuanto a su indumentaria, hasta que podamos desembarcarla, pues… elija usted misma. Creo que una de mis camisas y unos *shorts* podrían…

—Sobran los *shorts* —aseguró ella, examinando el interior del armario—. Una de sus camisas servirá, señor Newberry. Usted es un hombre… muy grande.

—Cierto. Pero con una sola camisa…

—Se pueden hacer milagros con una camisa de hombre tan grande como usted.

—¿Milagros?

—Bueno… Si le cortamos las mangas y me pongo esa camisa alrededor del cuerpo a partir del pecho, espero que obtendremos un bonito *sarong*. Pareceré una hawaiana, pero supongo que eso no molestará a nadie.

—Es algo que me gustaría ver —sonrió Newberry, entregándole la camisa de colores.

Capítulo IV

Hacia la media tarde, Monaway reapareció, siempre adusta la expresión, fruncido el ceño, caminando como un gigantesco gorila de más de seis pies, balanceándose sobre la arena rosada de la playa artificial, pero que parecía auténtica.

Pernell Newberry y Natalie Arlington estaban allí, tumbados, tomando los últimos rayos de sol, fumando y charlando. De cuando en cuando, Natalie acariciaba una mano de él, y lo miraba sonriendo dulcemente… Tan dulcemente, que Pernell Newberry notaba cada vez como un impacto ardiente en pleno corazón, como si un fósforo se encendiese en tan delicada víscera a cada mirada de la bellísima Natalie…

—Pernell. —Llamó secamente Monaway.

—Perdona un momento, Natalie. Parece que Monaway quiere decirme algo.

—No me moveré de aquí —susurró ella, de aquel modo tan dulce. Newberry se puso en pie y se acercó a Monaway, casi de mal talante.

—¿Qué quieres ahora?

—Te estás pasando el día con esa mujer… ¿Cuándo piensas que nos deshagamos de ella?

—¿Deshacernos de ella? ¿Por qué?

Monaway entornó sus astutos ojos malignos.

—¿Estás bromeando? —masculló—. Nos hallamos a menos de treinta millas de Cabo Kennedy… ¿Acaso piensas que ella nos acompañe hasta allí?

—Yo decidiré eso.

—¿De veras? Bueno, me pregunto si estás en condiciones de decidir algo.

—¿Qué quieres decir?

—Esa chica llegó esta mañana como… como caída del cielo, eso

es exactamente. Le diste una de tus camisas, y a partir de ese momento ha sido como si no estuvieses en la isla.

—La isla es mía. Puedo hacer lo que me plazca.

—Me parece que no has entendido bien todo este asunto, Pernell.

—Lo he entendido perfectamente.

—Pues yo insisto en que no lo has entendido. Escúchame bien, Pernell: la isla es tuya, pero nosotros estamos haciendo algo muy importante. Esa mujer no puede estar aquí, con nosotros.

—Yo decidiré eso cuando sea el momento.

—¿De veras? Ya lo veremos. De momento, te has pasado todo el día paseando con ella por la isla, nadando, riendo… No es que eso me importe gran cosa. Tampoco me importa que no bajes a la sala de máquinas, ya que yo puedo dirigir perfectamente la navegación. Puedes perder todo el tiempo que quieras con esa señorita Arlington, y… gozar de su presencia y compañía. ¿Te ha dicho ella si llamó por radio al comprender que iba a caer al mar?

—No tuvo tiempo. No llamó a nadie.

—Entonces, mátala.

Pernell Newberry palideció ligeramente.

—¿Qué…? —jadeó.

—Que la mates —barbotó Monaway—. Cuando lleguemos al punto donde debemos trabajar, esa chica debe estar muerta, en el fondo del mar. Yo creo que hablo con suficiente claridad.

—No hay por qué matarla… Es solo una chica caprichosa, con dinero, que está de vacaciones en Nassau…

—No está de vacaciones en Nassau —puntualizó muy sensatamente Monaway—, sino aquí, en «Navigator Island». Y me pregunto si todo ha sido realmente una casualidad.

—¿Estás loco? —Se sobresaltó Newberry—. ¿Estás dando a entender que Natalie tenga algo que ver con…?

—Mira… Tú no eres un espía profesional, Pernell. Hay cosas que ignoras. Un espía es capaz de todo. Desde la actitud más ingenua y dulce a la más atroz de las canalladas. Solo se trata de elegir lo que convenga a cada situación.

—Estás diciendo tonterías —refunfuñó Newberry, irritado—. Ella no tiene nada que ver con todo esto.

—Mejor. Pero, de todos modos, cuando sea de noche mátala. Y

no hablemos más de esto.

—No pienso matarla.

—¿No? ¿Qué harás entonces cuando llegue la hora del trabajo? ¿Qué harás con ella?

—La dejaré en la casa, encerrada. No verá nada. Al amanecer, todo habrá terminado una vez más, y ella podrá seguir viviendo.

Monaway parecía estupefacto.

—No sé si creer lo que estoy oyendo… ¿Insinúas que vas a dejarla viva, y que la tendrás varios días en la isla, con nosotros?

—Sí. Eso es exactamente.

—¡Estás loco! Mira… Oh, vamos, Pernell, sé juicioso. Ella no vale nada… No es más que una mujer que…

—Tú eres un salvaje que no entiende nada de nada, Monaway.

—¡De acuerdo, soy un salvaje! Ahora, escucha esto: esta noche van a venir ellos en una lancha. Desembarcarán en la isla, ayudarán en el trabajo si es preciso, o se limitarán a recoger los resultados del que nosotros hayamos realizado. Piénsalo bien… Piensa si te conviene que ellos vean a esa chica. Yo ya no tengo nada más que decir, ya te he informado de todo.

Dio media vuelta y se alejó, furioso. Newberry regresó junto a Natalie, tendiéndose junto a ella en la arena.

—¿Qué malas noticias ha traído mi enemigo? —Sonrió ella.

—¿Tu enemigo?

—Oh, sí… Me he dado cuenta. Solo he visto un par de veces a Monaway, pero me mira como… como si tuviera deseos de matarme.

—Tonterías —musitó Newberry.

—Claro —sonrió Natalie—. Es un hombre feo y desagradable… Bueno, perdona si te molesta que lo diga…

—¿Por qué habría de molestarme? Lo que me molestaría sería que pensases eso mismo de mí, Natalie.

Ella lo miró incrédulamente.

—¿De ti? Oh, Pernell, sabes muy bien que…

Dejó de hablar un instante, como quien comprende que las palabras son muy poca cosa en ocasiones. En lugar de eso, pasó uno de sus bracitos por el cuello de Newberry.

Aunque siguió al instante:

—Dime, ¿qué mala noticia te ha traído Monaway?

—Natalie… Eres… eres tan hermosa y dulce…

—Las apariencias engañan —sonrió ella, angelicalmente, amenazándole con un dedito—. Y, por favor, estate quieto ahora. Charlemos… Solo charlemos. Sigue contándome cosas de la isla.

—Ya te lo he contado…

—Pues hazlo otra vez. El caso es que pienses… en otra cosa.

—Está bien —aceptó Newberry—. Pero me fastidia hablar de lo mismo todo el día. La isla es natural, o sea, con plantas, árboles, arena y rocas naturales. Fue construida sobre una base de plástico, bajo la cual está la sala de máquinas. En realidad, es como… como si fuese un gigantesco yate cuyos motores y máquinas están bajo tierra. Finalmente fue construida la casa tal como si se tratase de hacerlo en una isla auténtica. No hay motivo para sorprenderse tanto, Natalie.

—¿No? Pues te aseguro, querido mío —lo besó rápidamente en la barbilla—, que es la primera vez que veo una isla capaz de navegar.

—Bueno… Pero no hay por qué sorprenderse demasiado. Es como si a un submarino le pusieras encima una plataforma y construyeras una casa en ella. El submarino solo tendría que navegar casi a ras de la superficie, y todos creerían que era la casa sola que iba navegando. Yo, en lugar de comprarme un yate, o un submarino, me hice construir una isla.

Natalie chascó dos deditos, riendo.

—¡Plaf! ¡Así de sencillo! Se hace construir una isla, con casa y todo, con piscina, con lanchas, con un helicóptero…, y lo encuentra todo tan natural, tan normal y vulgar… ¿No serás un gánster, querido? ¿O un contrabandista de algo: mujeres, estupefacientes, armas…?

—No, no —rio Newberry—. Solo soy un millonario… caprichoso.

—Todo esto tiene que haberte costado muchísimo dinero…

—No más del que podía gastar.

—Oh, claro… No creo que se fíen islas como si fuesen un par de zapatos o un coche. Abajo tiene que haber motores, máquinas, hombres, depósitos de agua, de combustible, conductos de toda clase… ¿No crees que te has complicado un poco la vida, amor? Con un simple yate…

—Con un simple yate, no habría estado donde tú caíste al mar esta mañana.

—Ah… ¡Me has convencido! —rio, Natalie Artington.

Tomó entre sus manitas el rostro de Newberry, y lo besó velozmente en la boca. Pernell Newberry quiso aprovechar la ocasión para abrazarla, pero ella rodó por la arena, alejándose, riendo. Se puso en pie y echó a correr hacia la casa…, pero Newberry la alcanzó muy pronto.

—Pernell, por favor…

—Tendré trabajo después de cenar. Abajo, en la sala de máquinas.

—Oh… —se decepcionó ella—. Pero ¿toda la noche?

—Quizás.

—¿Es más importante ese trabajo que yo? —susurró Natalie.

—Es… muy importante.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y se quedó mirándolo fijamente.

—Pernell, dime la verdad: ¿qué estás tramando? No te importe decírmelo. Aunque seas un contrabandista, a mí no me importará. Ya te he demostrado… Bueno, a mí no me importa nada… excepto tú mismo. Pero no me gusta estar como una tonta, sin saber las cosas… ¿Qué es lo que tienes que hacer precisamente tú que sea tan importante? ¿No pueden hacerlo los demás, acaso, ya que trabajan para ti? ¿O no eres el jefe de esta isla?

—Soy el jefe absoluto.

—¿Entonces…?

—Bueno, es que…

La seca voz de Monaway restalló delante de ellos, muy cerca:

—Pernell —llamó—, quieren hablar contigo por radioteléfono. Y no se te ocurra desatender esa llamada, ¿entiendes?

—Enseguida vuelvo —musitó Newberry.

Se alejó hacia la casa, saludando con amables gestos a Natalie, que se puso en pie y se acercó a Monaway, el cual la miraba torvamente, con ira mal reprimida.

—¿Tiene algo contra mí? —Sonrió Natalie—. Me he dado cuenta de que se ha dedicado a espiarme, con cara de… furia.

—Déjeme en paz, nena. Conmigo no podrá jugar.

—Oh… ¿Tan seguro está de sí mismo?

Monaway sonrió groseramente.
—Yo no soy tan blando como Pernell.
—¿Cómo puede saberlo?
—Lo sé.
—Es muy fácil hablar cuando se sabe que no vamos a ser puestos a prueba —deslizó provocativamente Natalie—. ¿Usted no conoce la fábula de la zorra y las uvas?
—No me interesan las tonterías.
—No es ninguna tontería. Escuche, escuche… Había una vez una zorra muy astuta, muy ladrona y muy egoísta, que siempre iba robando de todo por ahí… Un día, en una parra, vio unos hermosos racimos de uva, que colgaban, tentadores… Solo había que cogerlos y marcharse. O sea, robar, como siempre hacía la astuta zorra. De modo que, dispuesta a apropiarse de las hermosas uvas, la zorra empezó a saltar, a saltar, a saltar… Pero, por más que saltaba y saltaba, no conseguía alcanzar las uvas, que estaban muy altas. Por fin, fatigada, decepcionada, se dio cuenta de que estaba haciendo el ridículo delante de otros animales que la estaban mirando, y…
—¿Y qué…?
—Dejó de saltar para robar las uvas. Dio media vuelta y se alejó, diciendo desdeñosamente: «¡Bah! ¿Para qué quiero esas uvas, si están todavía verdes?».
—¿Y yo soy el zorro y usted las uvas?
—Eso me parece a mí. Lo bueno es probar una de las uvas, saber que están buenas y maduras, y desdeñarlas entonces. Para eso sí que hace falta mucha voluntad. Pero desdeñar unas uvas que no se han probado es fácil, porque no sabemos si nos van a gustar o no, y podemos adoptar una actitud… altanera, desdeñosa.
—¿Cree que si yo la probase… cambiarían las cosas?
—¿Quiere que probemos? —musitó Natalie.
Monaway se detuvo en seco, como si acabase de quedar paralizado por un rayo. Un destello de cólera pasó por sus pequeños ojos.
—Está jugando conmigo, ¿eh? —Gruñó.
—Solo he querido demostrarle que usted no es nadie para mí. Yo sé distinguir a los hombres, y usted… es un pobre muchacho despechado. Jamás conseguirá interesar a ninguna mujer.
—No me interesa eso —musitó roncamente Monaway.

—Oh… ¿Se da cuenta? Iba a decirle que Pernell tiene trabajo toda esta noche, y que… ¡Bah! Usted no es más que un pobre diablo… Adiós, Monaway. Que descanse. Y olvídese de las uvas —la voz de Natalie era sarcástica—: al fin y al cabo, están verdes.

Se alejó de allí, hacia la casa, dejando al marino como clavado en el suelo, cerrados los puños, inmóvil, crispadas las mandíbulas y sintiendo una ira profunda que parecía arañarlo por dentro.

Se fue tras ella unos segundos después, pero cuando entró en la casa Natalie estaba en lo alto de la escalera, y le tiró un beso con un dedito, sonriendo de aquel modo tan hiriente.

Rojo de ira, Monaway fue a la cocina, y de allí, por la gran rampa, inició el descenso hacia la sala de máquinas que movía aquella pequeña isla, aquella sorprendente embarcación.

Se encontró con Pernell Newberry a mitad de camino. El propietario de la isla estaba un poco pálido, y había gran inquietud en su expresión.

—Han llamado de Nassau —musitó.

—Lo sé —gruñó Monaway—. Yo fui a avisarte de ello, ¿no lo recuerdas? ¿Qué ocurre en Nassau?

—No lo saben exactamente. Pero parece que las dificultades son grandes. Dos de los agentes residentes allí como conexión hacia Cuba y colaboración para ayudar a escapar hacia Europa han desaparecido.

—¿Cuáles?

—Hortense Wald y Peter Gilbert… ¿Los conocías?

—No… No. Pero sé que eran buenos elementos en toda esta cadena de información y acción que se ha organizado. Esto no me gusta nada, Pernell.

—Ni a mí…

Monaway parecía pensativo, hoscamente fruncido el ceño.

—Y eso ha ocurrido en Nassau, ¿eh? —musitó por fin.

—Sí, en Nassau… ¿Por qué lo dices en ese tono?

—Ella ha venido de allí, de Nassau.

Newberry se sobresaltó. Se quedó mirándolo con irritación.

—¿Ella? ¿Te estás refiriendo a Natalie?

—Exactamente. Tengo la impresión de que es… una víbora.

—No me gustan tus palabras, Monaway.

—Pues tendrás que aceptarlas. Mira, Pernell, nosotros estamos

aquí para ganar dinero. Es cierto que nuestro trabajo puede calificarse como traición, pero ya decidimos prescindir de esas tonterías. Tú estabas en dificultades cuando fueron a proporcionarte el trabajo tras hablar conmigo. Yo les dije a ellos que la persona ideal para esto eras tú: un millonario vividor, cosmopolita, educado, conocido del gran mundo… Nadie sospecharía de ti porque tuvieras la extravagancia de hacerte construir una isla que pudiese navegar. La isla fue financiada por la MVD, y ellos quieren resultados, como es lógico. Gracias a ellos, pudiste cubrir tu déficit económico, que todavía nadie sospechaba. Gracias a esa gente, a esos espías, saliste a flote de tus apuros tan celosamente ocultos. Nadie se enteró, sigues siendo el millonario famoso, el simpático *playboy* con una isla navegante…

—Estás hablando demasiado —gruñó Newberry—. ¿Por qué todo esto, Monaway?

—Quiero que recuerdes que, por los motivos que sean, todos los que estamos en esta isla somos unos traidores, ya que estamos trabajando en perjuicio de Estados Unidos. Si nos atrapan, es más que probable que nos condenen a muerte.

—¡Está bien, ya sé eso, somos unos espías traidores…! ¿Adónde quieres ir a parar, en definitiva?

—A esa mujer…, a esa víbora. No me gusta, Pernell. Es demasiado hermosa, demasiado dulce… ¿Has pensado que ella puede estar relacionada con todo esto?

—No digas tonterías.

—¿Tonterías?

—Su avión cayó al mar, ella tuvo que saltar… Lo vimos bien claramente.

—Pudo ser un truco.

—El avión estaba envuelto en humo.

—¿Y qué? Seguramente, era una avioneta vieja, que podría valer tres o cuatro mil dólares. Y aunque hubiese valido diez mil, ¿crees que eso tendría importancia? Hay muchas maneras de simular un accidente. Lo importante es el resultado final: colocar la víbora en nido ajeno. Y nosotros tenemos una víbora en nuestro nido, Pernell.

—No vuelvas a llamarla víbora. No me gusta.

—Quizá te gustará todavía menos saber que ella acaba de besarme.

Newberry entornó das ojos, mirando duramente al marino.

—Mentira.

—¿Mentira? Bueno, ve a preguntárselo a ella.

—¿Por qué habría de besarte a ti?

—Por lo mismo que a ti, maldita sea —refunfuñó Monaway—. Nos quiere dominar, atontar con su belleza, sus besos, su sonrisa… Ella es cualquier cosa menos una inocente criatura que ha tenido un accidente. No creo que vaya a resultarte difícil enterarte.

—Lo haré… Puedes estar seguro de que voy a hacerlo, Monaway.

—Pues te deseo suerte. Ya me dirás tu opinión final… ¿Qué más han dicho los de Nassau?

—Han llamado desde una lancha; están camino de la isla, para salirnos al encuentro.

—¿Vienen aquí? —Se disgustó Monaway—. ¿Para qué? Parece como si todo el mundo se hubiese puesto de acuerdo para complicar las cosas.

—Quieren asegurarse de que todo está en orden en la isla. Uno de los rusos viene en esa lancha, con dos hombres más.

—¿Les has informado debidamente de nuestra posición, rumbo actual…?

—Todo. Llegarán después del anochecer.

—Está bien. —Monaway encogió los hombros—. Seguiré vigilando ahí abajo. Mientras tanto, tú puedes ir a cazar a esa víbora.

—¡Te he dicho…!

Pero Monaway no le hizo el menor caso. Continuó rampa abajo, hacia la sala de máquinas que movían la sorprendente isla.

Newberry subió, cruzó la cocina, el vestíbulo…, y se quedó mirando hacia lo alto del ligero tramo de escalera que llevaba al piso alto. Bien… No era ninguna mala idea hacer lo posible para convencerse por sí mismo de que en su nido había entrado una víbora.

Subió, llamó a la puerta del cuarto destinado a Natalie, y oyó la voz de esta, un tanto desconfiada:

—¿Quién es?

—Pernell.

La puerta se abrió inmediatamente. Y no menos inmediatamente

se alzaron las cejas de Newberry, en un gesto de sorpresa, al ver los húmedos ojos de Natalie Arlington.

—¿Qué te pasa? —musitó—. ¿Has estado llorando?

—No… No, no, de veras…

Pernell Newberry entró en la habitación, cerró la puerta y sujetó a Natalie por los brazos, mirándola fijamente a los ojos.

—Has estado llorando —insistió—. ¿Por qué?

—No es nada… Nada —gimió ella—. Tonterías mías, querido.

—No se llora por tonterías. ¿Te he hecho algo? ¿Estás disgustada conmigo por algo, Natalie?

—Bueno… Como vas a dejarme sola esta noche… —Intentó sonreír la bella damita, temblorosos los labios.

—¿Por eso lloras? No lo creo. Te ocurre algo… Dime qué he podido hacerte para obligarte a llorar.

—Nada… Tú no me has hecho nada…

—¿Yo no? ¿Quién, entonces?

—Nadie… Nadie, querido, te… te lo… ¡Oh, no puedo jurarlo, no puedo!

Pernell la llevó a la cama, la sentó allí, y él lo hizo a su lado, abrazándola por los hombros.

Los ojos bellísimos de Natalie Arlington estaban nuevamente llenos de lágrimas.

—¿Ha sido Monaway? —susurró Newberry—. ¿Te ha hecho algo él?

—No… No…

—Dime la verdad. Quiero la verdad, Natalie.

—No ha sido nada… Bueno, él… él me ha…

—¿Qué? —Casi gritó Newberry.

—Ese… ese hombre horrible me… me agarró antes en la playa, cuando tú te fuiste, y me… me besó a la fuerza. Yo le había dicho que estaba furioso porque solo te hacía caso a ti, y le dije… le dije que yo era… era como las uvas verdes para la zorra, que él jamás podría alcanzarme, y que por eso estaba molesto conmigo. Él me dijo…

—¿Qué te dijo?

—Dijo que… que podría hacer conmigo… lo que quisiera y… y cuando quisiera, y que… que dentro de poco sabríamos todos quién era él… No sé lo que dijo… Solo sé que me agarró a la fuerza y me

besó…

—¿Él te besó a ti?

Una manita de Natalie se apoyó en el pecho de Newberry.

—Pernell, no quiero… hablar de esto, no quiero recordarlo… ¿Ves? Ya no lloro… No ha sido nada, solo un beso a la fuerza… Quiero olvidarlo.

—¡A ese puerco le voy a…!

—No. No, no, querido… No le digas nada. Yo… le tengo miedo. Por favor, no le digas nada hasta que yo salga de la isla. Creo… creo que sería capaz de clavarme un cuchillo, o algo así… Te lo suplico: no le digas nada, que él no se entere de que yo te lo he contado…

—El muy cerdo… Él me dijo que habías sido tú quien le había besado…

Natalie miró estupefacta, con ojos desorbitados, a Newberry.

—¿Yo? —exclamó—. ¿Él dice… dice que yo le…?

—Por supuesto que es él quien ha mentido —sonrió Newberry —. Está bien, no hablemos más de esto, no quiero que ese recuerdo te moleste. Ya ajustaremos cuentas Monaway y yo en el momento oportuno.

—Temo por ti… Ese hombre parece… parece un asesino… ¡Oh, sé que no debería decir estas cosas, pero me da tanto miedo…!

—Tranquilízate. Límpiate las lágrimas… ¿Quieres que cenemos los dos solos, aquí mismo?

—Oh, sí… ¡Sí, Pernell!

—Pues voy a buscar algo a la cocina. No tardo ni cinco minutos. Cuando suba, ya no debe haber lágrimas en tus ojos, querida.

La besó en los labios, se puso en pie y salió del cuarto, dejando sentada en la cama a la desconsolada muchacha… Desconsoladísima. Pobrecilla… Pero, sin duda, Natalie era una buena chica, porque apenas Pernell hubo salido, su rostro dejó de mostrar aquella muequecita afligida, y una burlona sonrisa apareció en sus labios. Luego, lo que apareció entre ellos fue la punta de aquella deliciosa lengüecita rosada, en un gesto de burla hacia la puerta. Pobrecilla Natalie…

Abajo, en la cocina, Newberry se encontró con Monaway y Leeper, este preparando la cena. Monaway estaba apilando un buen número de bocadillos, que llevaría sin duda a la sala de máquinas.

—Deja eso, Leeper —ordenó Newberry—. Natalie y yo cenaremos arriba cualquier cosa.

—Sí, señor.

Newberry se dedicó también a colocar unos bocadillos en una bandeja. Tomó una botella de champaña del refrigerador y se dirigió a la puerta.

—¿Qué? —Sonó la voz de Monaway, áspera—. ¿Qué ha dicho ella?

—Ya hablaremos tú y yo de eso en otro momento, Monaway.

—¿En otro momento? ¿Por qué?

Pernell Newberry lo miró con disgusto, pero de nuevo dio media vuelta y salió de la cocina, sin contestar. Ya ajustarían cuentas.

Cuando llegó arriba, Natalie ya no lloraba, ciertamente, pero todavía parecía un poco asustada. Newberry dejó la bandeja sobre uno de los sillones, cuidadosamente, para evitar la caída de las copas, que se apresuró a poner en la mesita de noche.

—Espero que te guste el champaña, querida —sonrió.

—Oh, sí… Pernell, ¿me dejarás sola esta noche?

—Tendré que hacerlo. —Él miró su reloj—. Pero todavía podemos disponer de una hora para nosotros.

—Oh, querido…

Y lo dijo tendiendo los bracitos.

Capítulo V

Se suponía que la dulce muñequita llamada Natalie Arlington debía de estar ya durmiendo, encerrada en su cuarto por temor al malvado y repulsivo Monaway… Sin embargo, no era así.

Cierto que la luz de su dormitorio estaba apagada, pero ella no dormía. Estaba sentada junto a la ventana, completamente a oscuras. A sus pies estaba el bonito y caprichoso maletín rojo con florecillas azules, con sus útiles de belleza: frascos, cremas, maquillajes, servicio de manicura, una pequeña cámara fotográfica que parecía de juguete, unos cuantos tubos de aluminio de aspecto inofensivo… Todo un montón de pequeñas cosas por completo… inofensivas.

Como, por ejemplo, los pequeños prismáticos que había montado con dos lentes que parecían anexos teleobjetivos de la pequeña cámara fotográfica. Unos prismáticos ciertamente curiosos, ya que servían para ver perfectamente en la oscuridad.

Y la señorita Arlington los estaba utilizando para mirar hacia la playa, bañada por la luna y las blancas olas espumosas que se producían al haberse detenido la marcha de «Navigator Island». Obviamente, la marcha se había detenido para que la lancha recién llegada no tuviera dificultades. Tres hombres habían saltado de ella, y dos de ellos la estaban arrastrando hacia la playa, sacándola del agua. El otro, más alto y esbelto, estaba hablando con Pernell Newberry. Se veía bien el rostro de Newberry, pero no el de su interlocutor, que miraba hacia sus compañeros que estaban tirando de la lancha.

Cerca de ese grupo estaban Zoltan y Pauley, a la expectativa, muy interesados en la conversación. Los prismáticos se movieron, buscando más gente a lo largo de la pequeña costa. Pero ya no había nadie más por allí, de modo que la señorita Arlington, tan bella y delicada ella, volvió a mirar hacia la playita. La barca estaba

ya en la arena, y el hombre alto y esbelto se había vuelto y miraba hacia la casa…

Por un instante, las manitas de Natalie apretaron con más fuerza, en brusca crispación, los improvisados y extraordinarios prismáticos. También en su bello rostro hubo una crispación de sobresalto.

—Dios mío… ¡Sócrates! ¡Sócrates Kopoulos Pasalos!

Bajó los prismáticos aturdida, desconcertada…, casi asustada.

¿Era aquello posible? Como si todavía conservara alguna esperanza de haberse equivocado, volvió a mirar con los prismáticos. Pero no… No se había equivocado. Era Sócrates Kopoulos, el hombre que había conocido en Atenas un año antes. Él se había hecho pasar por griego, y, con vistas a su misión, incluso la había ayudado a ella a realizar la suya… Al final, tras salvarse mutuamente la vida, se habían separado como buenos enemigos, admitiendo que ella pertenecía a la CIA y él que era un agente de la MVD rusa, y que su nombre, ciertamente, no era en realidad el de Sócrates Kopoulos Pasalos. Al separarse, habían acordado que la próxima vez que se vieran tirarían a matar…[1] Eran buenos enemigos, pero tirarían a matar.

Por supuesto, si Sócrates Kopoulos la veía, la reconocería al instante. Diría que ella no era Natalie Arlington, naturalmente. Diría que era…

Por unos segundos la señorita Natalie Arlington se sintió perdida… ¿Cuántos hombres había en la isla, para cazarla en un cuarto de milla cuadrada? Newberry, Monaway, Leeper, Makario, Zoltan, Pauley… Había dos más abajo, en las máquinas. Y Sócrates, el falso griego, que llegaba acompañado de otros dos hombres… Once hombres. Once hombres para cazar una linda muñeca.

Y todo, por culpa del único que podía reconocerla allí: Sócrates Kopoulos Pasalos, el falso griego, el agente de la MVD rusa. La reconocería en cuanto la viese… si es que podía verla, claro.

La agilísima mente de Natalie Arlington comenzó a funcionar a toda prisa, buscando una salida para aquella peligrosísima situación…

¡Tenía que haber una salida! La única, evidentemente, era matar a Sócrates antes de que este pudiera verla.

Pero… ¿cómo? ¿Cómo hacerlo?

En cinco segundos, una docena de planes fueron pensados y rechazados velocísimamente. Y, de pronto, la idea; la solución que no podía fallarle a ella.

Volvió a mirar hacia la playa. Todos se iban acercando a la casa… Natalie se inclinó hacia su maletín y sacó de él una pulsera ancha, de malla de oro, adornada con un precioso rubí, que se puso rápidamente en su muñeca izquierda. Luego, sacó los tubos de aluminio y una pequeña caja metálica; de un pequeño secador de cabello a pilas, separó el culatín, de apariencia inofensiva… Volvió a mirar hacia la playa, ahora sin los prismáticos. No hacían ya falta, pues los enemigos estaban muy cerca, y se les podía ver a la luz de la luna. Iban a entrar en la casa… Y si ella conocía bien a Sócrates, lo primero que haría este sería visitarla, estudiarla. Sócrates no necesitaba tanto: solo verla, y diría quién era ella realmente.

Lo recogió todo, abrió la ventana y se puso los lentes. Estuvo esperando casi quince segundos antes de oír los pasos en la escalera… Abajo, en el exterior, ya no se veía a nadie. Pasó las piernas por encima del alféizar, calculó la distancia de unos pies, y, tras ligera vacilación, se impulsó hacia delante, descalza, cubierta por el *sarong*… Cayó con la suavidad y seguridad de una pantera, pero el salto había sido demasiado grande, y rebotó con fuerza, tensos los músculos de sus bellas piernas. Rodó hacia delante, como en un ensayo acrobático, se puso en pie y corrió hacia la piscina. La rodeó, y pocos segundos después se escondía de un salto entre las matas, entre la abundante vegetación de «Navigator Island».

Quedó allí, jadeando, mirando hacia la casa, mientras se dedicaba a enroscar los tres tubos unos a otros, formando uno más largo, de casi dos pies… La luz del dormitorio se encendió cuando estaba encajando el culatín del secador de cabello en aquellos tubos. Apretó en la base, y un gatillo macizo apareció, diminuto, encima de las curvas marcadas en el plástico para los dedos… Unas gotitas de sudor aparecieron en la frente de Natalie Arlington. En la ventana estaba ahora Pernell Newberry, asomado. Se volvió, contestando a alguien… Luego, desapareció. La luz fue apagada.

Natalie abrió la pequeña caja metálica, sacó de allí uno de los repuestos de *rouge*, cerró la cajita y metió la barrita de carmín, que ciertamente tenía forma de bala, por la punta del tubo…

Varios hombres salían de la casa, corriendo.

—¡Natalie! —Se oyó la voz de Newberry—. ¿Dónde estás?

La señorita Arlington dio media vuelta y se ocultó todavía más entre la maleza. Newberry la llamó un par de veces más, antes de que las secas órdenes de buscarla empezasen a sonar en la pequeña isla navegante.

Por entre la vegetación, Natalie atisbaba atentamente. Vio la dirección que tomó Sócrates, casi en línea recta hacia ella, y sonrió fríamente. Un pacto es un pacto: tenía que tirar a matar.

Alzó el tubo, como si estuviese manejando un rifle, y apuntó hacia Sócrates Kopoulos, que caminaba hacia allí, lentamente, precavido, pistola en mano. Junto a él, otro de los recién llegados a la isla, igualmente pistola en mano. Los demás iban extendiéndose, como los radios de una rueda, buscando todos los bordes de la isla, para luego, formando un círculo, ir estrechándolo, de tal modo que ella quedaría irremisiblemente encerrada en su centro, sin escapatoria posible.

A medida que Sócrates Kopoulos y su compañero avanzaban, ella iba retrocediendo, lentamente, siempre con el fusil en alto… De pronto, su espalda chocó contra una palmera. Se apoyó allí, quedó inmóvil como una estatua, y tras apenas un segundo apretó el gatillo del secador de cabello.

Se oyó un suave chasquido.

Y en el acto, casi veinte yardas más allá, Sócrates Kopoulos lanzó un grito fortísimo, cuando la cápsula mortal envuelta en carmín explotó sobre su corazón, con una roja y vivísima llamarada. El falso griego salió disparado hacia atrás, muerto instantáneamente, destrozado su corazón.

Se tiraba a matar, ciertamente.

El hombre que había caminado junto a Sócrates Kopoulos saltó a un lado, rodó por el suelo y buscó cobijo tras unas matas, donde quedó inmóvil. En la isla se oían gritos, exclamaciones, carreras… El compañero de Sócrates, evidentemente, no pensaba moverse de allí hasta recibir ayuda.

Debió pensarlo mejor. A veinte yardas, dos ojos azules, refulgentes como los de un felino despiadado, estaban fijos en aquellas matas, mientras las delicadas manitas colocaban otra cápsula semejante a una barrita de carmín en el tubo de aluminio.

El nuevo disparo se produjo cuando varios hombres estaban a

menos de quince yardas del lugar donde se hallaba escondido el otro. La cápsula envuelta en *rouge* fue directa hacia las matas, las atravesó limpiamente, e impactó en el rostro del hombre allí agazapado. Otra intensa, vivísima llamarada roja brotó en la oscuridad de la noche plateada… El hombre salió lanzado violentamente hacia atrás, y durante un instante todos vieron lo que quedaba de su cabeza envuelta fugazmente en las llamas provocadas por la cápsula mortal.

A partir de ese momento, un viento de terror se cernió sobre la isla. Los hombres se escondieron tras cosas más sólidas que unas simples matas, no se oyeron voces, ni gritos, ni carreras, ni jadeos… El silencio más absoluto reinó en la pequeña isla detenida en las negras aguas manchadas de plata.

Y sin romper ese silencio, deslizándose realmente como una víbora, Natalie Arlington se alejó de allí, rodeando la casa desde lejos, buscando otra posición defensiva. La encontró pronto, entre unas rocas. Se agazapó allí, con el tubo entre las rodillas. Colocó otra barrita de carmín. Luego, se quedó inmóvil.

Durante un par de minutos solo se oyó el rumor del mar. Luego, poco a poco, el de la maleza, agitándose al paso de los hombres que iban a la caza de una víbora. Sí… La caza se reanudaba.

Pero, para entonces, Natalie Arlington tenía ya completo su plan. Con un poco de suerte, de esa fabulosa suerte que siempre la acompañaba, todo terminaría bien… para ella.

Tres minutos más tarde, muy sigiloso y precavido, vio a Pernell Newberry, deslizándose entre las matas, pistola en mano, mirando hacia todos lados, inquieto… Estaba a menos de ocho yardas. Podía matarlo impunemente, con absoluta comodidad. Pero, en lugar de eso, Natalie Arlington se encogió entre las rocas, hasta que quedó completamente oculta, atisbando por una estrecha fisura, entornados sus relucientes ojos…

Cuando Pernell Newberry se alejó de allí, ni mucho menos podía pensar que durante casi un minuto la presa había podido cazarlo a él mil veces.

Poco después, ocurrió lo mismo con el gigantesco Makario, cuya cabeza pelada brillaba a la luz de la luna de un modo extraño, como carbón. También Makario salvó la vida, por merced y benevolencia de la víbora escondida. Lo dejó pasar, y eso fue todo.

El tercer personaje que apareció alertó a la agazapada Natalie. El tubo se colocó horizontalmente entre las rocas, brillando un instante. También brillaron los cristales de los lentes de Natalie Arlington. Pero el hombre no podía ver nada de eso. Era el último de los tres que habían llegado a la isla… El último en morir.

Se oyó el seco y suave chasquido en el tubo, el hombre apenas inició un movimiento hacia allí… y la cápsula estalló en su pecho, de nuevo con aquella viva llamarada roja, como un fogonazo. El grito del hombre, su último grito, resonó en toda la isla, truncando aquel silencio con rumor de mar.

Y todavía estaba el hombre cayendo cuando la señorita Arlington saltaba de su escondrijo y pasaba a toda velocidad por encima del hombre recién muerto. Oyó perfectamente las voces que advertían el lugar donde había sonado el grito, donde se había visto la llamarada roja… A veces, ciertamente, conviene delatar la posición. Y las «barritas de carmín» eran para eso, precisamente.

Así, mientras todos, con mil precauciones, se acercaban al lugar donde había sido visto el rojo fogonazo, Natalie Arlington corría directa hacia el borde de la isla, siempre deslizándose entre las sombras de la vegetación. Llegó sin novedad al borde del agua, y se metió en esta, saltando la altura de cinco o seis pies que había en aquel lado. Dejó que el tubo de aluminio y la cajita con el resto de las cápsulas se fuesen al fondo. Ya las repondría en su maletín de «belleza».

En la isla se oían de nuevo voces y gritos mientras ella nadaba, siguiendo el contorno, buscando la pequeña playita de arenas rosadas. Si las cosas estaban organizadas tal como ella pensaba, podría quedarse en la isla, engañando a los supervivientes. Si, contra toda lógica, Newberry había dispuesto las cosas de modo diferente, tendría que apoderarse de una lancha y huir. Lo cual sería lamentable, ya que interesaba tanto saber qué hacían en aquella isla como destruirla. Destruirla era fácil. Lo importante, pues, era saber lo que estaban tramando. Y ella lo sabría.

Comprendió que así sería cuando llegó a la pequeña playita, silenciosamente.

Pernell Newberry había distribuido a sus hombres con lógica. Allá, en la playa, con un rifle en las manos, estaba el impasible e impenetrable Leeper, el mayordomo-cocinero-camarero de la isla, al

servicio exclusivo de Newberry. Estaba en pie, entre la lancha recién llegada y las dos propiedad de la isla. Pero el muy torpe se dedicaba a mirar tierra adentro, no hacia el mar. Vigilaba con tanta atención, con tanto entusiasmo, que la víbora pudo salir del agua, a sus espaldas, tranquilamente. Era evidente que Leeper no esperaba, de ninguna manera, un ataque procedente del mar.

Y, sin embargo, tras él, la señorita Arlington, agazapada en la arena, estaba tirando con fuerza del rubí que adornaba su bonita pulsera de malla de oro. El rubí fue arrancado, arrastrando en su base un fino alambre, que fue saliendo de la pulsera, hasta alcanzar una longitud de veinte pulgadas. Entonces, el extremo sin rubí quedó libre… por un instante, solamente.

Natalie se rodeó la manita izquierda con aquel extremo, y sujetó con fuerza el rubí con la mano derecha. Se incorporó entonces, y dio un paso hacia Leeper, que continuaba de espaldas. La arena crujió suavemente, pero Leeper no se volvió. Sin embargo, era un riesgo demasiado grande caminar por ella, tan cerca del hombre… Fatalmente, tendría que oírla, se volvería con el rifle listo para disparar…

Para evitar esta eventualidad, la víbora efectuó un rapidísimo ataque por detrás, que tuvo completo éxito. Recorrió a toda prisa las tres yardas que la separaban de Leeper, sin preocuparse de hacer o no hacer ruido, fiándolo todo en la velocidad… Una velocidad que dio mejores resultados que el sigilo.

Apenas empezaba Leeper a volverse, sobresaltado, cuando Natalie estaba a sus espaldas, pasando el alambre hacia delante. Leeper parecía a punto de gritar, pero el alambre no se lo permitió. Se apretó brutalmente en su garganta, como un seco latigazo que lo dejase sin aliento.

—¡AaaAaaggg…!

El quejido de Leeper no llegó ni siquiera a diez pies de distancia. Tras él, las pequeñas y bellas manos estaban apretando, tirando del alambre… En la derecha, se veía el tono rojo, siniestro en la oscuridad, del rubí.

Leeper se relajó, cayó de rodillas. Pero, aun así, Natalie continuó apretando, apretando… Clavó una de sus rodillas en la espalda del hombre, para tener un punto de apoyo, y sus manos continuaron tirando del alambre…

Por fin, Leeper quedó como una masa blanda que se desmoronaba. Natalie quitó el alambre de su cuello, se metió el rubí entre los senos y asió a Leeper por los pies, arrastrándolo hacia la lancha de los tres hombres que habían llegado a «Navigator Island» para morir. Llegó allí, alzó el cadáver y lo tiró dentro de la lancha. Luego, regresó al lugar donde había matado a Leeper, y retornó hacia la lancha, borrando con los pies las señales dejadas por el arrastre del cuerpo.

Cuando llegó de nuevo junto a la lancha, empezó a empujarla, hacia el agua. Por detrás de ella se oían cada vez más nutridas las voces de los cazadores, y, al parecer, alguien había conseguido dos linternas, por fin, que estaban funcionando, barriendo con su haz luminoso toda la isla…

Jadeando, con la frente llena de sudor, Natalie consiguió meter la lancha en el agua. Subió a ella, se quitó los lentes, rompió una de las varillas y sacó una pieza plana de metal de su interior, de una pulgada de longitud, la apretó por los extremos, hasta que quedó a la mitad de tamaño. Conseguido esto, volvió a colocar aquella placa de metal de dos piezas dentro de la varilla de los lentes. Plegó estos, los dejó sobre el tablero de mandos de la lancha, y examinó estos. Asintió con la cabeza, convencida de que no habría dificultades. Sacó el rubí de entre los senos, y le dio algunas vueltas, hasta que el alambre se partió. Encajó el rubí de nuevo en la pulsera, y con el alambre trabó el volante de la lancha, de modo que una vez puesta en marcha solamente podría ir en línea recta.

Y la puso en marcha. El sonido del motor resonó fuertemente en la isla, y de nuevo se oyeron gritos, voces de aviso… La lancha partió, efectivamente en línea recta. Y apenas a ocho o diez yardas de la playa, Natalie saltó por la borda al agua, desapareciendo.

Reapareció enseguida y nadó hacia la orilla. Llegó allí, se sentó en la arena y esperó, con escalofriante tranquilidad.

Muy pronto oyó tras ella las pisadas de varios hombres, pero ni siquiera se volvió.

Su azul mirada estaba fija en la lancha que se alejaba, cada vez más velozmente.

—Está aquí —gruñó Monaway con tono incrédulo—. ¡La víbora está aquí!

Monaway la agarró rudamente de un brazo y la puso en pie de

un tirón, mientras los demás, con Newberry a la cabeza, llegaban a todo correr, salpicando arena a todos lados.

—¡Déjala, Monaway! —exclamó Newberry—. Quizá nos explique…

—¿Dejarla? ¡La voy a…!

Monaway alzó la mano armada con la pistola, con evidentes intenciones de partirle la cabeza a la muchacha de un golpe. Pero ni siquiera Newberry tuvo tiempo de intervenir. La dulce señorita Arlington alzó sus manitas, asió la mano de Monaway, se dio la vuelta colocándose de espaldas a este, tiró hacia delante inclinándose… y Monaway salió volando, para caer de bruces en la arena.

Quiso ponerse inmediatamente en pie, pero la mano derecha de Natalie, de canto, golpeó en el centro de su espalda, aparentemente sin fuerza; y, sin embargo, Monaway hundió de nuevo su rostro en la arena; su cuerpo estaba rígido, su respiración parecía haberse cortado hasta el punto de que apenas podía jadear…

—¡Ya basta! —Newberry apartó rudamente a Natalie—. ¡Ya basta de tonterías! ¡Quiero saber qué significa todo esto, Natalie!

—No me llamo Natalie —dijo la bellísima víbora—. Mi nombre verdadero es Marya Smirkov Protopov, y…

Todos se volvieron hacia el mar, donde, justo entonces, tenía lugar la explosión. Se vio la llamarada roja y negra, el fugaz estallido de maderas, el surtidor de agua…

Natalie señaló hacia allí, y explicó, fríamente:

—Y allá tenéis al traidor que estáis buscando. Pero no creo que valga la pena recoger sus pedazos.

Capítulo VI

Todos la miraban atentamente mientras se servía con mano firme una copa de champaña. El más asombrado era, ciertamente, Pernell Newberry. Y el más irritado, Monaway, que le dirigía llameantes miradas de rencor. Los demás esperaban, simplemente expectantes, aunque también, por supuesto, asombrados.

Natalie estaba sentada en el sofá del *living*, tan tranquila como si se hallase en una maravillosa fiesta entre buenos amigos. Bebió un sorbito de champaña y aprobó con la cabeza, mirando a Newberry.

—Tampoco este es de mi marca preferida, querido, pero no está mal del todo.

—Estamos esperando todos tu explicación —musitó Newberry.

Natalie miró la pistola que de nuevo empuñaba Monaway, y le dirigió una sonrisa seca, burlona.

—Bien… Tendré que dar explicaciones a fin de convencer a Monaway de que guarde la pistola, ¿no es así?

—Lo estás alargando demasiado. Pediste una tregua para explicarlo todo, pediste champaña, pediste descansar… Ya lo tienes todo. Ahora, explícate.

—De acuerdo. Supongo que todos habéis comprendido que Leeper es el traidor que estábamos buscando.

—¿Cómo? —exclamó Newberry.

—Lo que oyes, querido.

—No es posible… Leeper llevaba varios años conmigo. Gozaba de toda mi confianza…

—Lo sabemos, Pernell. Pero… ¿se te ha ocurrido pensar que Leeper era más… americano que tú?

—¿Más americano que yo?

—Sí, querido. En un momento dado, el pobre Leeper debió de llegar a la conclusión de que no le gustaba traicionar a Estados Unidos. Entonces, os delató.

—No creo eso —masculló Newberry.

—¿No? Entonces ¿cómo explicas que un agente de la CIA nos descubriese y nos vigilase en Nassau a mí y a Peter Gilbert? Alguien de esta isla consiguió ponerse en contacto con la CIA, y esta envió a Nassau a uno o varios de sus agentes. Uno de ellos llegó hasta Peter Gilbert y yo. Tuvimos una pelea y pude matarlo. Aunque… el pobre Piotor no tuvo suerte.

—¿Quién es Piotor?

—Oh, es el nombre del hombre que vosotros conocíais como Peter Gilbert. Piotor Govarian. El agente de la CIA lo mató, pero yo pude, a mi vez, matar al de la CIA.

—Bien… —Newberry estaba en verdad desconcertado—. ¿Qué más sigue a toda esto?

—Comprendimos que había un traidor en el grupo. Preferentemente en la isla, donde todos, excepto Makario, sois americanos. De manera que decidimos… investigar quién era ese traidor.

—¿Quiénes decidisteis eso?

—Sócrates y yo, naturalmente —disparó al azar Natalie.

—¿Sócrates estaba de acuerdo contigo?

Natalie estuvo a punto de sonreír. ¿De manera que había acertado al suponer que su buen enemigo también usaba aquel nombre en el continente americano?

—Por supuesto que estaba de acuerdo. Ideamos lo de la avioneta. Yo debía dejarme caer cerca de la isla, ser recogida, e iros estudiando a todos, hasta encontrar al traidor. Mientras tanto, ellos se asegurarían de que en Nassau habíamos dejado cortada la pista, y se reunirían conmigo en la isla, para ayudarme a encontrar al hombre que no estaba comportándose… debidamente. ¿Acaso Sócrates no os llamó para deciros que venía hacia aquí porque había habido dificultades en Nassau?

—Así es —intervino Monaway—. Pero él dijo que Hortense Wald y Peter Gilbert habían desaparecido.

—¿Y qué querías que dijese? —Natalie lo miró irónicamente—. ¿Que yo era Hortense Wald, y que estaba aquí como Natalie Arlington para vigilaros porque desconfiábamos de uno de vosotros?

Se oyó un murmullo de aprobación. Realmente, la actitud del

llamado Sócrates parecía que no podía estar más justificada.

—Yo le hablé de ti cuando llegó a la isla —apuntó Newberry—, y él dijo que no conocía a ninguna Natalie Arlington.

—Por los mismos motivos, querido. Él no sabía aún si yo había descubierto al traidor, y no quería que me relacionaseis con él, para que yo pudiera trabajar a mi manera.

Esto también tenía sentido, pero Newberry insistió:

—¿Por qué quiso verte, entonces?

—¿Qué perdía con ello? Al contrario, le convenía mostrar desconfianza hacia mí. Me habría visto, habría dicho que no me conocía, que me vigilaseis bien, y ya está. El caso era arreglárnoslas de modo que yo pudiera seguir buscando al traidor. Así, él buscaría a su manera, yo a la mía, y pillaríamos al traidor entre dos fuegos, de un modo u otro.

—Todo eso está muy bien, hasta ahora —intervino de nuevo Monaway—. Pero me gustaría saber cómo explica su huida.

—¿Mi huida?

—Exactamente. ¿Por qué no se quedó en la habitación, esperando la visita de Sócrates?

—No podía quedarme en la habitación por la simple razón de que no estaba en ella, Monaway —rio Natalie.

—¿Dónde estaba?

—Por la isla, vigilando a ver si alguno de ustedes hacía señales, o lanzaba algo al agua… Vigilando, buscando al traidor. Luego, se armó el jaleo, creí que ocurría algo contra mis compañeros, y me escondí. Pensé que todos ustedes habían decidido traicionarnos, que se habían arrepentido de trabajar para nosotros, que somos rusos. Y aún me afirmé más en esta idea cuando vi a Leeper disparar con una extraña pistola contra Sócrates y el compañero que iba con él.

—¿Fue Leeper quien hizo aquellos… aquellos extraños disparos, estás segura?

—Lo vi muy bien. Pero yo no llevaba armas, de modo que continué escondida. Luego, lo vi alejarse, agazapado. Comprendí que él era el traidor, que temía haber sido descubierto y que, lógicamente, intentaría escapar. Y como el modo mejor de escapar de la isla era en lancha, fui a la playa, a esperarlo…

—Fui yo quien lo envié allá, con un rifle.

—Pues debiste de darle una gran alegría, querido Pernell. De

todos modos, yo jugué mis cartas a mi manera: saboteé la lancha en la que parecía más probable que él huyese.

—Antes ha dicho que no tenía armas —recordó secamente Monaway.

—Solo mis lentes —sonrió Natalie.

—¿Qué…?

—El interior de las varillas era de explosivo plástico. En una de ellas, estaba el detonador especial, formado por dos placas metálicas que… Oh, es largo de explicar eso. Simplemente, mis lentes eran una bomba. Los dejé en la lancha y esperé. Vi a Leeper acercarse, pero se desvió… Desapareció un par de minutos. Luego, llegó corriendo, empujó la lancha y se fue con ella… rumbo al infierno. ¿Alguno de ustedes no ha entendido algo, señores?

El silencio se prolongó casi durante medio minuto. Por fin, Pauley musitó:

—Parece que todo está entendido…, menos una cosa.

—¿Qué cosa?

—¿Qué hacemos ahora? ¿Seguimos adelante, huimos del país…? Después de todo lo que ha ocurrido, no parece sensato seguir haciendo el mismo trabajo. Bien… Eso creo yo, al menos.

—No sabemos hasta qué punto resulta comprometida nuestra situación —murmuró Natalie—. De todos modos, parece claro que estamos descubiertos. Deberemos… analizar detenidamente la situación. Mientras tanto, vuelvan a las máquinas y pongan la isla en marcha, según el rumbo establecido.

—Cabo Kennedy estará muy vigilado, quizá —sugirió Zoltan. Natalie lo miró vivamente.

—Bueno… De momento iremos hacia allí. Yo no estoy muy enterada de este asunto, ya que mi trabajo consistía en servir de enlace y apoyo en Nassau… ¿Qué vamos a hacer en Cabo Kennedy?

—Ya lo verás luego, si lo hacemos —dijo Newberry—. Ahora, hay que tomar una decisión. En cualquier momento podemos ser apresados por lanchas de los Guardacosta atestadas de agentes de la CIA y del FBI.

—Pensaré algo —aseguró Natalie—. Mientras tanto, será mejor que cada uno vuelva a su puesto. Lo interesante es alejarnos lo máximo posible del lugar donde ha hecho explosión la lancha. Alguien puede haberlo visto, y quizá se acerque.

—Braden, Molloy, Monaway: volved abajo y sacad la isla de estas aguas —ordenó Newberry—. Los demás, que ocupen sus puestos de vigilancia normales.

En el *living* quedaron solamente Natalie y Newberry, mirándose fijamente. Ella bebió otro sorbito de champaña. Luego, sonrió y tocó el sofá, a su lado.

—Siéntate aquí, querido —propuso.

—Estoy pensando… Creo que he sido un estúpido. —Newberry se sentó junto a ella, mirándola intensamente—. Todo cuanto has hecho ha sido para confiarme, para vigilarme estrechamente, para saber si yo era el traidor que había en la isla…

—¿No podrás perdonarme eso? —musitó ella dulcemente.

—No sé… En el fondo, Monaway tenía razón: me has mentido.

—No en todo, querido.

—¿Qué quieres decir?

—¿Necesitas que una mujer diga muchas cosas para entenderla?

—No. Pero me pregunto si tú eres… una mujer.

Natalie rodeó con sus brazos el cuello de Pernell Newberry.

—¿Ahora? —suspiró—. ¿Ahora te preguntas si soy una mujer, después de habértelo demostrado largamente por dos veces? Eres injusto conmigo, amor…

Tenía la boquita entreabierta, brillantes como pétalos de rosa los labios, tensa la respiración… Newberry no podía resistir aquello. La abrazó fuertemente, buscó aquellos hermosos y frescos labios… Los encontró, ciertamente, pero por poco tiempo. Natalie lo apartó, suavemente, murmurando:

—Somos un par de locos, querido. Un par de… inconscientes.

—¿Por qué?

—Quizás estamos ahora mismo en peligro de muerte. Nos hallamos completamente desconectados de todo el sistema de espionaje que dirige este asunto.

—¿Desconectados? ¡Pero tú sabes…!

—Yo no sé nada —cortó amargamente Natalie—. Quien lo sabía era Sócrates. Ahora me encuentro… desconectada, como te he dicho. No sé qué debo hacer, ni a quién recurrir. Ciertamente, tu amigo Leeper nos ha… fastidiado. Es cierto que yo podría volver a Nassau, y esperar allá un contacto, un aviso, un mensaje… Pero mucho me temo que volver a Nassau signifique mi muerte. Esa vía

de escape, lógicamente, debe de estar ya cortada por la CIA. Un momento —lo miró vivamente, como gratamente sorprendida por un nuevo pensamiento, por una buena idea—. Querido, vosotros recibís las instrucciones por radio, ¿no es así?

—Así es.

—¿De dónde llegan esas instrucciones?

—De Washington.

—¡De Washington…! ¿Quién hay allí, quién os facilita los datos para que hagáis vuestro trabajo?

—No lo sé.

Natalie se quedó mirándolo con expresión apenada.

—Me estás… mintiendo. ¿Recibes instrucciones de Washington y no sabes quién te da esas instrucciones?

—Ese fue el trato. La colaboración era directa entre «Navigator Island» y unas personas de Washington. Aunque, en realidad, pocas instrucciones preciso para hacer el trabajo que convinimos.

—¿Qué trabajo?

—¿Tú no lo sabes? —Se asombró Newberry.

—No. ¿Te das cuenta? —Ella rio secamente—. Ser espía no es núda fácil. Te dicen lo que tienes que hacer, pero siempre de un modo limitado. La cadena está siempre cortada en varios eslabones. Yo sabía, por ejemplo, que tenía que estar pendiente de «Navigator Island», y ayudar a cualquiera que viniese de esta isla. Al mismo tiempo, vosotros conocíais los nombres de Peter Gilbert y el mío, pero eso era todo. Ni vosotros sabíais nada de nosotros, ni nosotros de vosotros… Es lo que se llama el sistema «independiente». Desde luego, admito que es lo más conveniente, pero a veces… A veces, un espía se encuentra en apuros, como yo. Y entonces… ¿qué debe hacer? No puedo volver a Nassau, no puedo quedarme en la isla… ¿Qué hago, entonces?

—No sé…

—Yo sí lo sé. Pediremos instrucciones a Washington. Es evidente que allá existe un grupo de espionaje ruso, gente que sabrán quién es Marya Smirkov Protopov. Ellos me dirán lo que debo hacer. Y… Sí. Creo que debemos llamarlos, ponerlos al corriente de todo. Que tomen ellos la decisión final, querido.

—¿La… decisión final?

—¡Claro! Algo tendremos que hacer… No podemos huir tan

fácilmente, ni quedarnos en la isla. No podemos, tampoco, tocar territorio americano sin riesgo de ser apresados. Que decidan ellos. Que nos saquen de este apuro…, que es, al mismo tiempo, un apuro para ellos, ya que si caemos nosotros caerán ellos también, esa gente que está en Washington… ¿Los conoces?

—No.

—¿Solo estás en contacto con ellos por radio, de veras?

—De veras.

Natalie Arlington quedó pensativa durante casi un minuto.

—De acuerdo. Los llamaremos. Les diremos cómo está la situación, y que ellos decidan. Tienen que sacarnos del apuro, eso es todo… ¿Alguno de vosotros habla ruso?

—No, no… Ninguno.

—¿Seguro?

—Segurísimo, querida.

—Entonces, yo hablaré por la radio. Los convenceré, Pernell. Tendrán que creerme, tendrán que ayudarnos. No podrán desoír el
S. O. S.
de Marya Smirkov Protopov.

Capítulo VII

—¿Y ahora? —Gruñó Monaway.

—Ella va a llamar a Washington —dijo Newberry—. Ponla al habla con ellos.

—Quedamos en que solamente yo manejaría la radio.

—¡Pues hay contraorden ahora! —Se irritó Newberry—. ¡Estamos todos en apuros, y si hay algo que yo no quiera que suceda es encontrarme entre los brazos de la CIA! De modo que ponla en comunicación con la onda establecida con nuestros instructores de Washington. ¿Está bien claro?

—Sí. Está bien claro. Al momento.

Monaway se sentó ante la potente radio, mientras Natalie Arlington miraba a su alrededor, en la sala de máquinas. Todo parecía normal allí: motores, generadores de energía, máquinas que se movían cumpliendo su función para el desplazamiento de la isla. Era todo, ciertamente, como un submarino que transportase encima no una casa, sino una isla completa.

Monaway consiguió rápidamente la comunicación, se levantó y señaló la radio a Natalie.

—Todo está listo. Solo tiene que hablar.

—Gracias, Monaway.

Se sentó, mirando con desconfianza los diversos mecanismos de la potente radio. Por fin, inclinándose hacia el micrófono, musitó, en ruso:

—Marya Smirkov Protopov, residente con misión de enlace y ayuda en Nassau, Bahamas, está al habla. Cambio.

—Adelante, Marya Smirkov —contestaron en ruso—. Cambio.

—Estoy, naturalmente, en «Navigator Island». Hubo dificultades en Nassau, mataron a Piotor Govarian, y tuve que escapar. Afortunadamente, conseguí llegar a la isla, y ahora estamos navegando hacia el norte. Sócrates estuvo aquí, con sus dos anexos

de Nassau, pero fueron eliminados por uno de los americanos, que nos traicionó. El americano traidor ha sido eliminado por mí, pero no pude evitar que matara a Sócrates y anexos. Ahora nos encontramos indecisos, ignoramos hasta dónde llega el peligro que las declaraciones del traidor americano puedan haber ocasionado. Calculo que no tardaremos en llegar cerca de Cabo Kennedy, pero ignoro si se debe proceder rutinariamente, sin temor a nada, o bien debemos limitarnos a huir. Espero instrucciones. Cambio.

—Conteste a esta pregunta, Marya Smirkov: ¿cree que «Navigator Island» corre grave peligro? Cambio.

—Absoluto peligro. Cambio.

—¿Debemos entender que la CIA está al corriente del trabajo que están realizando en esa isla? Cambio.

—Ignoro eso. Quizá no. Pero lo que sí es cierto es que la CIA conoce la existencia de la isla artificial. Es posible que nos estén buscando. Durante la noche, tenemos oportunidad de escapar de su persecución, pero en cuanto amanezca, seremos localizados. Por eso, opino que es urgente la huida. No hablo por mí, camarada, sino por estos americanos, que en cuanto sean apresados dirán todo lo que saben. Urge una salida rápida de esta situación. La isla debería ser destruida, hundida, y los hombres que hay en ella ahora deberán ser… retirados, de un modo u otro. Es el único medio posible de cortar el paso de la CIA hacia ese grupo de Washington. Cambio.

—Todo entendido, Marya Smirkov. No importa cuánta gente quede viva en esa isla… Siga estas instrucciones: mátelos a todos, hunda la isla y escape con una lancha. ¿Entendido? Cambio.

—Entendido —afirmó Natalie, siempre en ruso—. Conseguiré eso con relativa facilidad. Consideren hundida la isla y muertos todos sus ocupantes. Sin embargo, quiero saber adónde debo dirigirme yo una vez me aleje de la isla con una lancha. Cambio.

—Regrese al sur, a Miami. Llegue a Pier Cinco y espere. Coloque una prenda de ropa sobre la cabina de su lancha, y esa será la señal para que uno de los nuestros pase a recogerla. Él le facilitará los medios para llegar a Washington, desde donde será devuelta sin dificultades a Rusia. Díganos si ha entendido. Cambio.

—Todo entendido. Sin embargo, considero peligrosa esa parte de mi plan de huida. Por varios motivos. Uno de ellos, que quizá la CIA

esté vigilando la isla, y me deje huir, para seguirme y cazar a algunos camaradas. Otra posibilidad peligrosa es la de que el hombre que deba recibirme en Miami esté vigilado, en cuyo caso caeríamos los dos. Si no hay inconveniente, prefiero instrucciones para llegar por mí misma, a mi modo, a Washington. Díganme lugar, día y hora. Cambio.

Esta vez, la respuesta tardó bastante en llegar. Casi un minuto. Finalmente, volvió a oírse la voz del mismo hombre:

—Lugar: National Historical Museum, Washington. Día: pasado mañana. Hora: seis de la tarde. Confirme. Cambio.

—Información recibida. Estaré ahí a la hora en punto. Tan solo cinco minutos de retraso significará peligro para quien me esté esperando. ¿Cómo conoceré al hombre? Cambio.

—Llevará un libro de Historia Universal en la mano izquierda, y fumará un cigarro habano, que manejará con la derecha. Estará esperando en la entrada al Museo. Cambio.

—Todo entendido y perfecto. Paso a cumplir instrucciones de eliminación de personal y hundimiento de «Navigator Island». Hasta pasado mañana, camaradas. Ha informado Marya Smirkov Protopov. Cambio y fuera.

Cortó la conexión y quedó pensativa, apoyando la carita en una mano, el codo en el tablero.

—¿Y bien? —Se impacientó Newberry—. ¿Cómo ha ido eso?

—Mal. Hay dificultades, querido. Se niegan a colaborar; dicen que está fuera de sus atribuciones. Me han facilitado otra longitud de onda para comunicar pidiendo instrucciones… definitivas.

—¿Qué longitud de onda? —masculló Monaway—. Yo haré…

—Yo misma lo haré —rechazó Natalie—. Entiendo lo suficiente de radios para conseguirlo… Quiero pedirle un favor, Monaway: estese quieto y no moleste más. —Se quedó mirándolo fríamente—. Espero que me haya entendido bien, ya que ahora no hablo en ruso.

Monaway soltó un gruñido y se alejó hacia otro lugar de la sala de máquinas. Natalie se dedicó durante cinco minutos a manipular en la potente emisora-receptora, hasta conseguir la longitud de onda deseada. Entonces, efectuó la llamada, empleando de nuevo el idioma ruso:

—Muchachita de ojos azules llamando desde «Navigator Island» a todos sus buenos amigos americanos. Atención. Hablaré en ruso,

único modo de esquivar la vigilancia estrecha a que estoy sometida.

Quiero saber si hay ahí algún muchacho que pueda entenderse conmigo en ese idioma. Espero y cambio.

La respuesta llegó pocos segundos después:

—Adelante, muchachita de ojos azules. Un simpático muchacho que habla perfectamente ruso está a su disposición. Dígame si está prohibido mencionar nombres. Espero instrucciones y cambio.

—Absolutamente prohibido mencionar nombres, ya que aquí, en «Navigator Island», soy Marya Smirkov Protopov. Las instrucciones son las siguientes. Primero: pasado mañana, a las seis de la tarde, un hombre estará esperando a Marya Smirkov Protopov en el National Hitorical Museum de Washington. Llevará un libro de Historia Universal en la mano izquierda, y estará fumando un cigarro habano, que moverá con la derecha. Díganme si han entendido, pues de ser así, una vez apresado ese hombre conseguirían apresar a la red soviética que está operando en Washington, dirigiendo este asunto de la «Navigator Island». Cambio.

—Entendido y fantástico, dulce Marya Smirkov. Siga. Cambio.

—Segundo: voy a ordenar que la isla sea dirigida de modo rutinario hacia su objetivo habitual, a fin de conocer los planes soviéticos. Entiendo que el objetivo de esos planes es Cabo Kennedy. De modo que movilicen personal en ese punto, mar adentro. Lanchas rápidas, exclusivamente. Cuando vean una bengala roja en el cielo, aborden la isla… Eso es todo. ¿Entendido? Cambio.

—Entendido de morro a rabo, preciosa. Reciba por anticipado la felicitación más efusiva de su jefe directo… Usted ya sabe quién es. Considere destruida red soviética en Washington y proceda a su modo con respecto a «Navigator Island». ¿Alguna duda o sugerencia? Cambio.

—Ninguna duda, ningún consejo. Es todo. Fuera.

Apagó la radio, se incorporó y se quedó mirando a Pernell Newberry, sonriendo animosamente.

—Parece que las cosas no están tan mal como creíamos, querido. He recibido instrucciones, órdenes, en el sentido de que se proceda habitualmente. A mis preguntas sobre la misión de «Navigator Island», han respondido que tú me pondrás al corriente, que

debemos proceder de modo normal, y esperar la recogida de los microfilmes de turno. Bien… Yo he hecho todo cuanto he podido. Ahora, tú tienes la palabra.

—¿Estás segura de que han ordenado que también esta noche tomemos fotografías?

—No han ordenado eso. Solamente me han dicho que se proceda del modo habitual, y que alguien vendrá a buscar el microfilme. ¿Cómo tendré que decirte que yo no sé exactamente lo que estáis haciendo los de «Navigator Island»?

Estaba diciendo un montón de mentiras tan grande, tan enorme, que casi la obligaban a sonreír. Pero, ciertamente, nadie allí parecía entender el ruso. Y, además, nadie era un auténtico espía. Solamente, a lo sumo, asquerosos traidores que se habían metido en el mundo del espionaje por dinero… Contra su propia patria. Lamentable… para ellos.

Newberry miró a Monaway.

—¿Dónde estamos exactamente?

—Unas cincuenta millas al sudeste de Cabo Kennedy.

—Bien… Seguiremos hacia allí. Procederemos de modo normal al llegar a las veinte millas. Encárgate de la navegación, mientras yo subo a prepararlo todo arriba. Presiento que va ser nuestro último trabajo, y habrá que hacerlo bien, si queremos que al menos los rusos nos ayuden a salir del apuro. ¡Maldito Leeper…!

—No se consigue nada con lamentos, Pernell —dijo Natalie—. Respecto a lo otro, tienes razón. Hagamos bien el último trabajo, y seremos ayudados a salir del apuro. El hombre que venga a recoger los microfilmes nos dará instrucciones definitivas. Parece que tenemos tiempo de sobra para hacerlo todo y escapar con bien del asunto.

—Ojalá sea así. ¿Entendido, Monaway?

—Entendido —gruñó este—. Ponemos rumbo a la posición semanal con vistas a Cabo Kennedy.

—¿Y nosotros? —musitó Natalie.

—Ven conmigo.

La tomó de una mano, y se dirigieron ambos hacia la rampa que comunicaba la sala de máquinas con la cocina.

Poco después, salían de la casa. Newberry, siempre llevándola de una mano, caminó hacia el centro de la isla. Se detuvo a menos

de quince yardas de la casa.

—¡Makario! —llamó.

El gigantesco y silencioso individuo de la cabeza pelada apareció pocos segundos después, y se quedó mirando expectante a Newberry.

—Sí, señor Newberry.

—Llama a Zoltan y Pauley. Empezaremos a trabajar dentro de una hora, o poco más. Que dejen la vigilancia y vengan aquí.

—Sí, señor Newberry.

Makario desapareció en las sombras, y Newberry se arrodilló en el suelo. Estuvo así unos segundos. De pronto, se apartó, corriendo, y alejó también a Natalie de aquel lugar.

—Pernell, ¿qué…?

La tierra se abrió, de pronto, silenciosamente, en cuatro compuertas enormes, mostrando un rectángulo oscuro, profundo, que llevaba al interior, al subsuelo de la isla. Se oía el zumbido de un motor, muy potente. Los trozos de tierra que se habían levantado cayeron a los lados, mostrando en su parte inferior las sólidas planchas de acero que sostenían la tierra y las rocas, así como algunas matas que ocultaban aquel escondrijo.

De este, lentamente, fue brotando una gran máquina, parecida a un telescopio de gran potencia. Estaba montada sobre una plataforma de plástico, que tenía un par de sillines, justamente delante del objetivo del telescopio. Había más aparatos, más pequeños, también atornillados a la plataforma de plástico que ascendía empujada por el gran brazo metálico articulado, que se iba extendiendo, alargando… Semejaba un acordeón, estirándose sin cesar hacia el cielo. Era, simplemente, un mecanismo plegable de extensión. Las vigas de hierro cruzadas se iban colocando más y más verticalmente a medida que la plataforma con aquel objeto parecido a un telesocopio subía más, y más, y más… Parecía que aquel brazo extensible mecánico no fuese a tener fin.

Zoltan, Makario y Pauley regresaron juntos, y se quedaron mirando el artefacto, silenciosos. Nadie decía nada. Solo se oía el rumor del motor que movía aquel brazo parecido a un acordeón, y que iba elevando cada vez más la plataforma.

Por fin, todo el mecanismo se detuvo. La plataforma había quedado a sesenta pies de altura, como un extraño monstruo, como

un exponente de ciencia ficción.

—Pero… ¿qué es eso? —musitó Natalie.

—Lo llaman el «Antiproyecto Apolo».

—¿Qué…? Pernell, no comprendo…

—Es una cámara fotográfica que alcanza tres mil millas. Como comprenderás, con semejante cámara podemos fotografiar todo cuanto ocurre en Cabo Kennedy. Solo hay que buscarle una posición alta, enfocar esa base de
N. A. S. A.
y dedicarse a tomar fotografías.

—¿De noche?

—Rayos ultravioleta —rio Newberry—. Todo está previsto. Llevamos ya siete semanas apostándonos a veinte millas de Cabo Kennedy. Nos subimos a la torre, y durante toda la noche nos dedicamos a tomar fotografías de toda la base espacial de Cabo Kennedy, donde, como debes de saber, se está preparando el «Proyecto Apolo», esto es, el envío a la luna de seres humanos.

—Sí, sí… Ya conozco todo eso… Pero…

—Desde ahí arriba, se domina Cabo Kennedy manteniendo la distancia de veinte millas. Nuestro trabajo consiste en tomar fotografías de todo cada semana. Si nos parece que hay mucho movimiento, tomamos película especial. Todo ello forma un conjunto de microfilme que es recogido, también semanalmente, por un agente ruso que lo lleva o lo envía a Moscú, y de allá, a la Ciudad de las Estrellas, que es el… el Cabo Kennedy de Rusia. De este modo, los rusos están perfectamente al corriente de los adelantos norteamericanos en su camino hacia la luna.

—Entiendo… Entiendo, sí.

—¿No te habían dicho nada tus compatriotas sobre esto?

—No… No, desde luego.

—A mí me parece una empresa audaz, de envergadura… ¿Te das cuenta? ¡Todo cuanto hagamos nosotros, los americanos, respecto a la llegada a la luna, será conocido con tiempo suficiente por vosotros, los rusos! Para ello, no habéis reparado en gastos. Una isla artificial, dos millones de dólares para mí al finalizar este asunto, mis hombres pagados aparte, gastos cubiertos…

—Me parece una majadería.

—¿Una majadería? ¿Por qué?

—¿Qué importa lo que nosotros, los rusos, sepamos? Si habéis de llegar a la luna antes que nosotros, así será, por mucho que lo sepamos… ¿No te parece?

—Bueno… Verás… Te lo voy a explicar. Esta isla, en principio, es el… capricho de un millonario americano. Desde ella, los rusos obtenéis toda la información posible respecto a los adelantos generales del «Proyecto Apolo». Sabéis en todo momento cómo están las cosas. Al mismo tiempo, los rusos os esforzáis en acabar los preparativos antes que los americanos.

—¿Crees que el conocimiento de lo que hagan los americanos acelerará los adelantos rusos hacia la luna?

—No… Bueno, no sé. Lo que sí sé es que desde «Navigator Island» se puede… retrasar el viaje de los americanos a la luna.

—¿De qué modo?

No sé… Pero algo oí al respecto. Supongamos que los americanos estamos preparados para lanzar una nave a la luna. Una nave con seres humanos. Y supongamos que a los rusos, que también quieren ser los primeros, no les interesa ese lanzamiento. Pues bien: desde «Navigator Island», según entendí, podría lanzarse… un pequeño artefacto a Cabo Kennedy, que lo dejaría… convertido en cenizas. De este modo, ya no habría competencia para los rusos.

—¿Ese es el plan? —musitó Natalie.

—Me temo que si los americanos vamos más deprisa que vosotros, sí, ese es el plan. El mundo tendría que aceptar que en Cabo Kennedy había ocurrido una desgracia, y los rusos, con toda tranquilidad, llegaríais a la luna los primeros.

—¿Ese es un plan soviético?

—Así parece, querida. Desde luego, debo admitir que sois… invenciblemente astutos.

—¿Te das cuenta de que todo esto puede costarle la vida a más de dos mil personas?

—No ha sido idea mía.

—Claro… Tú solo estás trabajando, por dos millones de dólares.

—Exactamente. Y, de todos modos…, ¿qué importa quién llegue primero a la luna?

—En verdad, eso importa bien poco. Pero resulta que si los americanos estuviesen en condiciones de llegar antes, desde

«Navigator Island» o un lugar semejante toda la base de Cabo Kennedy sería destruida… simulando un accidente. Son dos mil personas, Pernell… ¿Te das cuenta?

—Bueno… Eso tiene una fácil solución: que los americanos nos espabilemos a proteger mejor nuestras costas.

—Claro… Los americanos sois… muy ingenuos. Bien… ¿qué debemos hacer ahora?

—Subiremos arriba, a la torre. Cuando lleguemos a veinte millas de Cabo Kennedy, empezaremos a tomar fotografías. La cámara que hay en lo alto puede fotografiar un balón de *rugby* a tres mil millas, con rayos ultravioleta. Es fácil fotografiar toda la base de la
N. A. S. A.
en Cabo Kennedy. ¿Subes conmigo?

—¿Se puede subir?

—Desde luego. Hay unos salientes de hierro, separados por quince pulgadas. Es fácil subir.

—Yo… creo que prefiero quedarme abajo, de momento. Iré a la casa, a buscar algo para abrigarme un poco. Hace frío a estas horas, en pleno mar.

—De acuerdo. Te espero arriba. Sí, es mejor que te abrigues bien…

¿Te importaría traerme algo para mí?

—Claro que no, querido. Oh, yo… quiero pedirte… un favor.

—Por supuesto, amor.

—Temo… Bueno, sé que quizá te parezca una tontería, pero no me gusta que haya habido un traidor en esto. Y estoy pensando… si no habrá alguno más. Quizá creas que le tengo cierta aprensión, pero…

—¿Te refieres a Monaway?

—Pues… sí. Sí. Lo siento.

—Creo que estás equivocada, pero no importa. ¿Qué favor quieres pedirme?

—Me gustaría que Makario, Zoltan y Pauley me acompañaran… No quiero entrar sola en la casa estando allí Monaway, y yo desarmada…

—Es una tontería, pero… de acuerdo. Makario y Zoltan irán contigo. Pauley tendrá que quedarse aquí, para vigilar los mecanismos de superficie de la torre. Yo estaré arriba, tomando las

fotografías en cuanto lleguemos a Cabo Kennedy… Es decir, a veinte millas. Puedes llevarte a Zoltan y Makario.

—Gracias, querido. Comprendo que soy una espía tonta…

Pernell Newberry la abrazó, de pronto, y su boca se acercó al rostro de Natalie.

—Una espía… Pero quiero… quiero saber con toda seguridad si me has estado engañando a mí también, Natalie.

—No.

—¿Entonces…?

La señorita Arlington sonrió dulcemente, se alzó sobre las puntas de sus descalzos piececitos, y besó los labios de Pernell Newberry.

—Entonces —susurró—, todo ha sido… verdad entre nosotros, Pernell. Solo deseo que este trabajo termine, que nos recojan, que nos pongan a salvo, y… Pernell, mi amor, yo solo quisiera que ya jamás tuviéramos que separarnos…

Pernell Newberry apretó más fuertemente a la mujer espía. Marya Smirkov, Hortense Wald, Natalie Arlington… ¿Qué nombre era el verdadero? No importaba, porque Pernell Newberry solo veía a la mujer, no a la espía. La besó profundamente en la boca, hasta que ella lo apartó, suavemente.

—Hasta luego, querido… Espérame ahí arriba. Y esta noche… esta noche ninguno de los dos notaremos el frío del mar…

Se alejó de él, lentamente. A Newberry le costó un esfuerzo recuperar el funcionamiento normal de sus ideas. Ordenó a Makario y Zoltan que fuesen con ella, dio instrucciones a Pauley, e inició la ascensión a la altísima torre articulada de sesenta pies sobre el nivel del mar… y de la isla.

El «Antiproyecto Apolo» seguía en marcha, pese a todo…

Capítulo VIII

—Solo tengo que recoger algunas cosas —dijo Natalie, dulcemente—. Pasen, pasen…

Makario y Zoltan entraron en el dormitorio, mirándose, con una sonrisita de complicidad. Era una lástima que aquella espía rusa llevase ya la marca de Pernell Newberry, porque si no…

—Oh, Makario —dijo de pronto Natalie—. Pernell también quiere alguna prenda para abrigarse esta noche en la torre. ¿Será tan amable de ir a buscar algo apropiado a su cuarto, mientras yo busco algo para mí aquí?

—Allá voy.

El gigantesco Makario salió del cuarto, de modo que quedaron solos Natalie y Zoltan, el cual empezó a sonreír de un modo extraño, concentrado. Sus pensamientos, indudablemente, llevaban un derrotero que le iba pareciendo más y más agradable.

—Nos hemos quedado solos —dijo.

Natalie lo miró con expresión asombrada.

—Sí… Así es, Zoltan.

—Muy solos. Todo el mundo está ocupado en la isla.

Ella se quedó mirándolo fijamente. De pronto, sonrió, y colocó sobre la cama su maletín rojo con florecillas azules.

—Todos muy ocupados, en efecto —aceptó amablemente.

Zoltan se acercó más, sin dejar de sonreír. Llegó junto a la muchacha de los bellísimos ojos azules cuando esta se colocaba entre los frescos labios una boquilla de marfil con brillantes, recién sacada del maletín. La mano derecha de Zoltan se posó sobre uno de los hombros de la espía.

—Estoy pensando… que no hay prisa para subir a esa torre… ¿O sí, preciosa?

No —sonrió ella—. Ninguna prisa, Zoltan. Cuanto menos tiempo esté allá arriba, menos frío pasaré.

—Esa es la cuestión: no estar frío, sino bien calentito… Es posible que a mí se me ocurra algo al respecto.

—¿Qué cosa, por ejemplo? —invitó ella, dulcísimamente.

—Digamos que… podríamos pasar aquí algo así como una hora, haciendo acopio de calor para toda la noche. ¿Qué le parece?

—Pues me parece muy mal, Zoltan.

—¿Mal?

—Tan mal, que temo que voy a tener que matarlo. Usted es un… cochino sin categoría. Muy diferente de Pernell. A él se le pueden perdonar algunas cosas, pero a usted ninguna. *Ciao*, Zoltan.

Las mejillas de Natalie se hincharon brevemente, como soplando en la boquilla de marfil y brillantes. Zoltan se llevó velozmente la mano a la garganta, allá donde había notado algo que parecía la picada de un furioso mosquito.

Eso fue todo. Un segundo después se desplomaba, muerto fulminantemente por el diminuto dardo disparado por la boquilla… Casi al mismo tiempo, se oían en el pasillo las pisadas de Makario, que regresaba.

Natalie abrió tranquilamente la boquilla, y colocó en el tubo más fino otra diminuta flechita, apenas como la punta de un alfiler, que sacó del pequeño compartimiento de la segunda sección de la misma boquilla. La enroscó rápidamente… y cuando alzó la mirada, Makario estaba en el umbral de la puerta, mirando atónito a Zoltan.

—¿Qué ha pasado?

—Quiso algo con lo que yo no estaba de acuerdo, y tuve que golpearlo.

Makario recordó la brevísima y triunfante pelea que aquella mujer había sostenido poco antes con el gigantesco Monaway en la playa, y asintió con la cabaza. Entró, dejó la manta sobre la cama y se inclinó sobre Zoltan.

—¿Qué hago con él? —preguntó—. El señor Newberry se disgustará cuando sepa que quiso conseguir algo que no le pertenece.

—Solo una cosa se puede hacer por Zoltan, Makario.

—¿Qué cosa?

—Acompañarlo al infierno.

De nuevo se hincharon las mejillas de la muchacha. Y también Makario se dio una palmada en el robusto cuello, protestando así

por el picotazo de aquel inesperado mosquito… Todavía tuvo tiempo de comprender que no había sido un mosquito quien le había picado… Alzó los ojos hacia la bella muchachita de ojos azules, abrió le boca… y cayó de bruces, sobre su compañero.

Natalie se quedó contemplando un instante aquellos dos cadáveres todavía casi palpitantes. Encogió los hombros, empezó a desenroscar la boquilla…

—Ya basta. No haga nada más, divina víbora.

Alzó la cabeza vivamente, y se mordió los labios al ver allí a Monaway, que la miraba con maligna expresión, entornados los ojos. En su mano derecha, firmemente empuñada, la qran automática que podía hacer pedazos el cuerpo de Natalie con unos pocos disparos.

—¿Qué hace aquí, Monaway? Su puesto está…

—La isla navega sin mi ayuda —sonrió él—. Usted es de una desfachatez admirable, nena. Acaba de matar a dos hombres, y todavía me pide explicaciones sobre mi presencia aquí. Si he de decirle la verdad, estoy desconcertado. Ya no sé si es usted rusa, americana… o china. No sé si trabaja a favor nuestro o en contra. No sé si es sincera o embustera… Estoy hecho un lío. ¿Por qué no me dice la verdad?

—Yo estoy… de parte de usted, Monaway.

—Ooooh… ¿Nada menos que de mi parte?

—¿Preferiría otra cosa?

—No sé… Quizá sea cuestión de pensarlo detenidamente. Recuerdo ahora cierto cuento sobre una zorra y unas uvas verdes… Pero estoy seguro de que no me lo explicó bien. ¿No es cierto, nena?

—Seguramente me equivoqué en algún punto —sonrió Natalie.

—Ah, sí, sí… Desde luego. En realidad, yo no soy hombre que desprecie unas uvas porque estén verdes… Soy mucho más… primitivo.

Simplemente, tomo lo que quiero.

—Me parece bien.

—Sepárese de ese maletín… Eso es. Ahora, quítese esa camisa de Pernell, de modo que yo pueda estar seguro de que no lleva ninguna clase de arma oculta… Así… Muy bien… Dese la vuelta… Perfecto. Según parece, señorita Arlington, está completamente

desarmada. Solo tiene encima el *sarong*.

—Y la pulsera —rio ella, entornando los ojos.

—Puede dejarse puesta la pulsera, pero… será mejor que se quite de una vez esa camisa… Usted y yo tenemos una cuestión pendiente que quiero dejar bien aclarada.

—No pienso quitarme nada, señor Monaway. Lo que quiera quitar de mi persona, tendrá que hacerlo usted mismo.

—Pues… no es mala idea. Hasta dará más… emoción al combate.

Se guardó la pistola en un bolsillo del pantalón, y se acercó a Natalie, sonriendo fríamente. La sujetó por los hombros, de pronto, y la atrajo contra su pecho con un doble manotazo que le asemejó a un oso. Encerró e Natalie en el cerco fortísimo de sus brazos, y sonrió.

—Bueno… ¿Decía algo de las uvas verdes, señorita Arlington?

—Pues… Bueno, creo que ya… han madurado.

—Magnífico. En tal caso, la zorra ya puede… comerlas, ¿no es así?

—Así es, querido.

Ella cerró los ojos, y Monaway se quedó mirando el bellísimo rostro, los frescos, húmedos labios sonrosados que se le ofrecían completamente… Notó en su espalda las pequeñas manos femeninas clavándose suavemente, oyó el suspiro que brotó de aquellos labios…

—Eres una víbora… —jadeó—. Una víbora auténtica en nido ajeno, pero… me gustas. Te voy a… ¡AAAAaaaAAAhhh…!

El alarido de dolor brotó de la garganta de Monaway cuando el rubí que adornaba la pulsera de malla de oro de Natalie pasó por toda su espalda, rasgándola profundamente, como si fuese un afilado cuchillo, desde el omoplato derecho hasta la cintura, en su lado izquierdo. Fue un tajo brutal, áspero, violento, que estremeció al gigantesco marino…

No tuvo más remedio que soltar a la muchacha. Y apenas hubo hecho esto, recibió un golpe en la garganta, con el canto de la mano, que casi lo mató. Saltó hacia atrás, rebotó, quedó de rodillas… Mientras se ponía torpemente en pie, llevando la mano al bolsillo donde tenía la pistola, Natalie Arlington sacó a toda prisa del maletín rojo su cepillo para el cabello.

Saltó hacia Monaway, plantándose ante él justo cuando empezaba a sacar la pistola. Apretó el mango del cepillo para el cabello, y una larga, aguda, finísima y afilada hoja de acero apareció por delante…

—Las uvas siguen estando verdes, Monaway.

Se oyó el golpe sordo del acero al hundirse en la carne. A simple vista, parecía que una indefensa muchacha había golpeado a un hombre peligroso que intentaba abusar de su debilidad. Pero la realidad era que el gigante estaba muriendo de una feroz cuchillada en el vientre, propinada por tan angelical, dulce e indefensa criatura. La hoja salió, y volvió a hundirse en la carne, ahora más arriba… El gigante cerró los ojos, se desmoronó de bruces, quedó inmóvil…

Con una indiferencia escalofriante, la dulcísima muchacha limpió la hoja de acero, la escondió de nuevo en su cepillo capilar, guardó este en el maletín, y sacó de este un estuche desodorante. Desenroscó la base, dejando al descubierto un hueco en el que se veían tres pequeñas ampollas de finísimo cristal, rodeadas de algodón rosa. Separó una de ellas, volvió a enroscar el estuche, lo guardó todo, se colocó convenientemente el *sarong* y salió del dormitorio.

Descendió a la planta baja, fue a la cocina, bajó por la rampa… y sonrió a Braden y Molloy, que se volvieron a mirarla expectantes.

—¿Ocurre algo? —preguntó Molloy.

—No. Es solo que Pernell me envía para saber si todo va bien, si seguimos el rumbo previsto hacia Cabo Cañaveral… Quiero decir, hacia Cabo Kennedy.

—Todo va bien, sí.

—Pues hasta luego…

—¡Eh! ¿Ha visto a Monavay?

—Oh, sí… Precisamente, acabo de matarlo, de un par de cuchilladas. Con vosotros seré menos violenta. Este gas mortal será suficiente.

Tiró la ampolla de cristal hacia los dos hombres, que estaban petrificados de asombro. Y todavía no había estallado la cápsula junto a los pies de ambos cuando ella corría ya rampa arriba, a toda velocidad… Ni siquiera se molestó en mirar atrás, ni mucho menos en volver para cerciorarse de los resultados del gas. Lo conocía

sobradamente.

En el vestíbulo, recogió la gruesa manta que Makario había seleccionado para Pernell Newberry, y el maletín. Salió de la casa, fue a la torre, y comenzó a escalarla…

—¡Hey! —llamó Pauley, apareciendo de pronto—. ¿Dónde están Zoltan y Makario?

—Oh, sí, Pauley… Me dieron un recado para usted. Un momento. Descendió los pocos barrotes que había ascendido, abrió el maletín, sacó su boquilla y se la puso entre los labios.

—Venga, Pauley. Ayúdame a buscarlo…

—¿De qué se trata? Ellos deberían estar… ¡Ay!

También Pauley se dio una palmada en el cuello… Y mientras caía lentamente, Natalie Arlington guardó la boquilla, recogió de nuevo la manta y reemprendió la ascensión…

Cuando llegó arriba, Newberry la ayudó a colocarse en la pequeña plataforma, y cogió la manta que ella le tendía.

—Siéntate en ese otro sillín —dijo—. ¿Todo va bien por abajo? ¿No hay más traidores?

—No… Abajo ya no queda ningún traidor.

—Estupendo. ¿Quieres un cigarrillo?

—Pues sí, gracias… La noche va a ser larga. Claro que no veo por qué tengo que pasarla aquí arriba, ¿no te parece? Podría bajar y dormir confortablemente en una cama de la casa.

—Cierto… Toma —le ofreció un cigarrillo y se lo encendió—. Solo se trata de que elijas entre estar abajo sin mí…, o aquí conmigo.

—La elección no admite dudas —fumó ella placenteramente—. Yo prefiero una buena cama. Es claro que puedo dormir en la rama de un árbol, si fuese necesario, como un monito, pero… ¿por qué? ¿Por qué no dormir confortablemente instalada en un lecho, sabiendo que nadie va a molestarme?

—Estás hablando de un modo… raro.

—Solo estoy tratando de informarte de que abajo todos están muertos. Nadie me molestará, por tanto.

—¿Muertos? No comprendo… ¿Quiénes están muertos?

—Zoltan, Pauley, Makario, Braden, Malloy, Monaway… Solo quedas tú, querido. A-ah… No te muevas, por favor.

Pernell Newberry se quedó mirando la pistola que había

aparecido en la mano de la muchacha, brillando tenuemente a la luz de la luna.

—¿Estás loca? —musitó.

—Ni mucho menos. Esta pistola solo significa que estoy contra ti. Te he mentido en todo momento, querido. Tú solo has tenido… lo que a mí me ha convenido. Yo nunca reparo en gastos, ni en sacrificios. Nunca. Lo único que quiero es conseguir lo que me importa.

—¿No eres rusa?

—¡Claro que no! —rio Natalie.

—Entonces… Sí… Monaway tenía razón: eres una víbora traidora… Una víbora en nido ajeno…

—Más o menos… Pero, querido, yo siempre estoy en nido ajeno cuando me convierto en víbora. Lo he hecho ya muchas veces. Me proveo de abundante veneno, y busco un nido ajeno donde se esté haciendo algo que no esté bien. Una vez en ese nido, suelto todo mi veneno. Así ha ocurrido en «Navigator Island». Así ha ocurrido cientos de veces, así ocurrirá siempre. Me gusta ser una víbora cuando es necesario. Todo el mundo mata a las víboras… Pues bien, yo hago las cosas al revés: mato a quienes son más víboras que yo. Traidores, asesinos, locos, ambiciosos de dinero o de poder… He conocido a toda clase de hombres y de mujeres… Conozco tan bien a los humanos, que a veces me pregunto si, realmente, no es mejor ser víbora. Una víbora para cazar otras víboras… Una víbora sin nido, que va buscando nidos ajenos, para exterminar a las demás víboras mucho peores que yo misma… Mientras haya más víboras para exterminar, yo no tendré nido… Siempre os buscaré, siempre me alejaré de mi propio nido, en busca de vosotros… Mientras haya gente como tú, esta espía seguirá siendo… una víbora sin nido. Adiós, Pernell Newberry.

—No… —jadeó él—. No vas a matarme, no…

—¿No? ¿Por qué?

—No te atreverás… ¡No serás capaz de matar a sangre fría a un hombre!

La bellísima espía se echó a reír, secamente, fríamente.

—¿Un hombre? —Rechazó—. Oh, no, no, querido… No. Tú no eres un hombre. Solo… otra víbora. Lucha de víboras. Y en esta clase de luchas siempre vence la víbora más… astuta, más hábil,

más experimentada… Siempre vence la víbora sin nido, porque está acostumbrada a todos los peligros. Y a lo largo de muchos años, de muchos peligros, la víbora sin nido ha aprendido una cosa: pelear contra las otras víboras peores que ella misma. ¿Por qué dejarlas vivas?

—No… Espera… No me mates, no…

—Eres cobarde, traidor, ambicioso y embustero. Adiós, amor.

—¡Tú no…!

Plop.

Plop. Plop.

Pernell Newberry se crispó en su sillín. Pareció que fuese a levantarse, pero volvió a sentarse, lánguidamente, blandamente. Quedó como dormido.

Natalie Arlington dejó la pistola sobre la plataforma, abrió una vez más el maletín, buscó en él…, y acabó frunciendo el ceño. ¿Dónde estaban las bengalas rojas?

—Las olvidé… ¡Olvidé las bengalas! ¡Oh, este maletín no sirve de nada, de nada…! Creo que lo mejor será que vaya a dormir unas horas.

Se quedó mirando a Newberry unos segundos. Sonrió fríamente y lo tapó mejor con la manta. Luego, descendió por los barrotes, hasta llegar a la base de la torre. Miró también a Pauley, con total indiferencia, como si fuese una hierba más, una piedra o una flor. Bajó a la sala de máquinas, detuvo los motores, y finalmente subió al piso superior. Rechazó mentalmente su dormitorio, con tres cadáveres dentro, y entró en otro vacío.

Dejó el maletín en el suelo, se tendió en la cama, y bostezó. Todo estaba en paz, todo en silencio, la isla flotando parada sobre el mar… Un minuto después, estaba profundamente dormida.

Las víboras sin nido duermen en cualquier parte.

Este es el final

Las tres lanchas rápidas quedaron por fin detenidas junto a la isla artificial. Una de ellas, en la playita de arena rosada, que brillaba maravillosamente al sol de la mañana. De cada una de aquellas lanchas saltaron seis hombres. Dieciocho en total, que ocuparon inmediatamente la isla.

Dos de ellos, con paso más calmado, sin armas visibles, caminaron reposadamente hacia la casa. Concretamente, hacia la piscina… Allí, nadando felicísima en las azules aguas, estaba Natalie Arlington, que saludó con una manita a los recién llegados.

—¡Hola! —gritó alegremente—. ¡Podré servirles café y tostadas cuando termine mi baño!

Los dos hombres se acuclillaron en el borde de la piscina, y sonrieron, mirando a la espléndida muchachita de los ojos azules, que jugaba en el agua graciosamente.

—¿Qué pasó con las bengalas? —preguntó uno.

—Las olvidé. Soy una tonta, ¿verdad? Seguro que se han pasado toda la noche esperando verlas en el cielo…

—Así es. ¿Qué ha estado haciendo?

—Dormir, naturalmente… ¿No quieren darse un baño? ¡El agua está deliciosa! Me pregunto si la CIA tendría inconveniente en regalarme esta isla tan preciosa…

—Lo sugeriremos… ¿De verdad nos invita a café y tostadas?

—¡Por supuesto! ¡Hay de todo en la cocina! Claro que… sería más agradable para mí si alguno de estos chicos se dedicasen a preparar todo eso. Me gusta la cocina…, pero no siempre.

El hombre que estaba hablando con Natalie asintió con la cabeza, sonriendo. Dio instrucciones a uno de los hombres que tenía más cerca, el cual, también sonriendo, entró en la casa. Alrededor de ellos, los demás agentes de la CIA miraban hacia la piscina, y uno a uno cerraban la mano y colocaban el pulgar hacia abajo. Fin.

Kaputt. Todo terminado. Ellos no tenían mucho trabajo allí, desde luego.

El jefe del grupo volvió a acuclillarse junto a la piscina.

—De acuerdo. Uno de nuestros chicos va a preparar el café y las tostadas… Este ha sido un buen trabajo de usted, Baby.

—Corriente… —Sonrió Brigitte Montfort—. Solo un trabajo de tantos, míster Cavanagh.

FIN

Notas

[1] Véase *Matar con placer*, publicada en esta colección. < <